

CESAR VALLEJO

POEMAS HUMANOS



LIMA - PERU

Impreso por la Editora PERU NUEVO
León Velarde 731 - 739 — Telf. 29205

LIMA - PERU

1961

Dibujo de las carátulas por Pablo Picasso.

CESAR VALLEJO

«QUIEN no ha tenido un traje azul? —Quién al gato no dice gato?» —decía Vallejo. Y, quién no ha tenido dieciocho años y ha pretendido ser poeta, domador, presidente de la república, pugilista, general?

Mis dieciocho años cuajados de Verlaine, Baudelaire, Rubén y Herrera Reissig sintieron un día el dramático aletazo de un extraño verso. Eran los días en que la literatura peruana se distendía bajo el impar auspicio de José María Eguren y Abraham Valdelomar. El funambulismo de éste y el nigromantismo de aquél sacudieron el arte criollo, convulso ya por González-Prada, pero Vallejo le insufló vida, una áspera racha de vida, amarga, sin perri-cholismo, sin juglaría; dura vitalidad sin Wilde y sin D'Annunzio; recia vitalidad desprovista de literatura: «Melancolía, saca tu dulce pico ya!».

Trajo Vallejo de sus breñas de Santiago de Chuco, una sensibilidad poética incomparable.

Puede haber poetas más intensos; más vitales, nó. En él afloraban dormidos resabios del Incario, el cholo de ojos brujos y risa de hontanar —«Coraquenque ciego», corazón de brasa— con su mentón agresivo, su frente bombacha y esa boca que llevaba prendida un rictus de infierno.

Que eso fue la vida mucho tiempo, casi todo, para él.

Había amanecido en una promoción inquieta, insumisa, de Trujillo. La adolescencia de César fue la de Haya de la Torre, Antenor Orrego, Alcides Spelucín. Con ellos compartió ambición y expectativa. Un día, como todos, descubierto ya por Valdelomar,

partió a Lima. Era maestro de escuela y estudiante de Filosofía y Letras. No tuvo un solo amigo —salvo yo— en la Facultad. Pasaba aislado su perfil demoníaco y, a la vez, extrañamente tierno. Cuando publicó «LOS HERALDOS NEGROS» (1918) hubo que pelearse con la crítica oficial. Como casi siempre hay rapsodas que no escuchan sino charungas y viejos ocos. Con Vallejo fue así.

Cholo bohémico: Entonces le atraían el alcohol y la vagancia. Ante la peligrosa y voraz admiración de algunos colegas de verso y noche, hubo a veces de ratur frescas estrofas tras imágenes católicas que el ama de la pensión tenía colgadas de las paredes. Con todo, más de un día saboreó extasiado, sobre ajena firma, poemas que le sonaban a propios.

Provinciano auténtico: a flor de piel, perennemente, su hogar lejano; sensible sin sensiblería, sentimental sin sentimentalismo, cholo sin cholismo, todo él individualizado, nunca gregario, desconcertó mucho y por tanto, recibió menosprecios y fervores.

En un recodo de su existencia fue acusado de incendiario —Vallejo incendiario!— y metido en una lóbrega cárcel de provincia. De ahí salió, al cabo, limpio de culpa, denso de prosa y verso. «ESCALAS MELOGRAFIADAS» es su prosa de la prisión. «TRILCE», su verso. Cuando salió este libro, no hubo para él más comentario que el prólogo de Orrego y un comentario mío: Los demás, silencio! En el Perú la crítica —González Prada, Eguren, Vallejo, Haya, Valdelomar, Mariátegui— suele seguir lo que dice la calle, no conducirla.

La última vez que vi a Vallejo, me entregó «FABLA SALVAJE» (1923) pare mi su prosa mejor. En Colombia, el agudo Germán Arciniegas recalcó el descubrimiento que para los literatos de su país significaba mi conferencia sobre la nueva estética peruana, singularizada en Vallejo.

Cuando promovimos los insurrectos juegos florales de 1924; en Lima, me tocó ser mantenedor —sin Reina, por cierto— y hablé sobre «La tristeza en la literatura peruana», enfocando la poesía de César. Estuvimos juntos aquella vez en el tinglado. Pedro

CESAR VALLEJO

«*QUIEN no ha tenido un traje azul? —Quién al gato no dice gato?*» —decía Vallejo. Y, *quién no ha tenido dieciocho años y ha pretendido ser poeta, domador, presidente de la república, pugilista, general?*

Mis dieciocho años cuajados de Verlaine, Baudelaire, Rubén y Herrera Reissig sintieron un día el dramático aletazo de un extraño verso. Eran los días en que la literatura peruana se distendía bajo el impar auspicio de José María Eguren y Abraham Valdelomar. El funambulismo de éste y el nigromantismo de aquél sacudieron el arte criollo, convulso ya por González-Prada, pero Vallejo le insufló vida, una áspera racha de vida, amarga, sin perri-cholismo, sin juglaría; dura vitalidad sin Wilde y sin D'Annunzio; recia vitalidad desprovista de literatura: «Melancolía, saca tu dulce pico ya!».

Trajo Vallejo de sus breñas de Santiago de Chuco, una sensibilidad poética incomparable.

Puede haber poetas más intensos; más vitales, nó. En él afloraban dormidos resabios del Incario, el cholo de ojos brujos y risa de hontanar —«Coraquenque ciego», corazón de brasa— con su mentón agresivo, su frente bombacha y esa boca que llevaba prendida un rictus de infierno.

Que eso fue la vida mucho tiempo, casi todo, para él.

Había amanecido en una promoción inquieta, insumisa, de Trujillo. La adolescencia de César fue la de Haya de la Torre, Antenor Orrego, Alcides Spelucín. Con ellos compartió ambición y expectativa. Un día, como todos, descubierto ya por Valdelomar,

partió a Lima. Era maestro de escuela y estudiante de Filosofía y Letras. No tuvo un solo amigo — salvo yo — en la Facultad. Paseaba aislado su perfil demoníaco y, a la vez, extrañamente tierno. Cuando publicó «LOS HERALDOS NEGROS» (1913) hubo que pelearse con la crítica oficial. Como casi siempre hay rapsodias que no escuchan sino charangas y viejos ecos. Con Vallejo fue así.

Cholo bohemio: Entonces le atraían el alcohol y la vagancia. Ante la peligrosa y voraz admiración de algunos colegas de verso y noche, hubo a veces de recatar frescas estrofas tras imágenes católicas que el ama de la pensión tenía colgadas de las paredes. Con todo, más de un día saboreó extasiado, sobre ajena firma, poemas que le sonaban a propios.

Provinciano auténtico: a flor de piel, perennemente, su hogar lejano: sensible sin sensiblería, sentimental sin sentimentalismo, cholo sin cholismo, todo él individualizado, nunca gregario, desconcertó mucho y por tanto, recibió menosprecios y fervores.

En un recodo de su existencia fue acusado de incendiario —Vallejo incendiario!— y metido en una lóbrega cárcel de provincia. De ahí salió, al cabo, limpio de culpa, denso de prosa y verso. «ESCALAS MELOGRAFIADAS» es su prosa de la prisión. «TRILCE», su verso. Cuando salió este libro, no hubo para él más comentario que el prólogo de Orrego y un comentario mío: Los demás, silencio! En el Perú la crítica —González Prada, Eguren, Vallejo, Haya, Valdelomar, Mariátegui— suele seguir lo que dice la calle, no conducirla.

La última vez que vi a Vallejo, me entregó «FABLA SALVAJE» (1923) para mí su prosa mejor. En Colombia, el agudo Germán Arciniegas recalcó el descubrimiento que para los literatos de su país significaba mi conferencia sobre la nueva estética peruana, singularizada en Vallejo.

Cuando promovimos los insurrectos juegos florales de 1924; en Lima, me tocó ser mantenedor —sin Reina, por cierto— y hablé sobre «La tristeza en la literatura peruana», enfocando la poesía de César. Estuvimos juntos aquella vez en el tinglado. Pedro

Muñiz, presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, hoy encarcelado por aprista; Alfonso de Silva, hermano entrañable de Vallejo; Percy Gibson que le volvió a ver en París; Enrique Peña, poeta laureado, y el nombre de César.

Después, cartas, tarjetas, postales, una colaboración para «Amateurs», años de silencio: en 1930 le pidió versos para «Presentes» y me envió tres poemas estremecidos. Al año siguiente, «EL TUNGSTENO», novela anti-imperialista. Luego «RUSIA 1931», fotografía literaria de la U.R.S.S. Algunas cartas: Budapest, Madrid, París. En 1937 una carta firmada por él y por Neruda: «Ven al Congreso de Escritores Antifascistas. Necesitamos hablar».

En abril de 1938, el Viernes Santo, «César Vallejo ha muerto»

Todo esto parece trivial. Sin embargo es necesario. A este emigrado voluntario, lo persiguió hasta el fin un aroma inolvidable: su provincia. Tenía en labio y recuerdo ese esquilón inolvidable —campana de una Is criolla— llamándole con sus «tirorirros», sus «viudos alveolos», su hirsuta domesticidad. Si alguien le retorció de veras el cuello a la elocuencia, ese fue César Vallejo: A-oratorio hasta, cuando mordido por el mal de España, llaga de España su carne, llaga nuestra, llaga mía —alzó el puño contra el fascismo; a-oratorio, resignado al recuerdo, a la injusticia, a la angustia, resignado al modo indio, esto es, capaz de sufrirlo, y de venderlo, protesta que ve caminos, o los abre, sin estridencia, adentrándose en sí misma, gozosa de su propio empuje, de su propia vitalidad.

En el Perú se ha discutido mucho, hace poco, sobre la precursoría en el cholismo; desmemoriados: Vallejo los antecedió a todos.

El cholismo no es un «ismo» sino una manera de ser, de sentir y de expresarse. No admite escuela como no la admiten el buen ver, la cojera, la credulidad, el ser linfático o sanguíneo. Es un hecho. Se es o no se es cholo: parecerlo resulta difícil y, lograrlo, artificioso. A Vallejo le fluía naturalmente la amargura pero sin grandilocuencia, deshilachada, balbuceante.

Podría hoy dilatarse en este frío,
podría toser; le vi bostezar, duplicándose en mi oído
su aciago movimiento muscular.
Tal me refiero a un hombre, a su placa positiva
y, por qué no? a su boldo ejecutante,
aquel horrible filamento lujoso;
a su bastón con puño de plata con perrito,
y a los niños
que él dijo eran sus fúnebres cuñados.

«Piensan los viejos asnos»
(Poemas humanos)

José Bergamín y Juan Larrea —entre los españoles contemporáneos— han dicho cuanto se puede decir estéticamente de la novedad poética en Vallejo. Pero no han dicho lo racial, lo histórico.

No hay, en América, poeta más personal que Vallejo, ni más desasido de retórica. En él lo humano puede más que todo. Hombre en plenitud de sencillez, de hogaridad, de hombría. Simplismo, él.

Neruda, voz intensa e impar influye más, porque posee más estetismo, porque es más sabio, más estilista. Los gerundios de Neruda y la combinación de metáforas materiales y espirituales, el predominio de «metal», «material», «pura», «cobre», «juego» dan a su poesía un tono —por lo mismo un estilo— del cual puede quedar preso cuando no renueva su almacén de sensibilidad.

En Vallejo se realiza el estilo de no-tenerlo: el des-estilo. Consiste en quebrantar toda lógica, porque no se siente con lógica y Vallejo conversa en verso, dice lo que siente. Neruda puede usar el «vos», el «os»; Vallejo, nó. El «tú» es ya mucho.

De no haber contenido tal sobrecarga de angustia, habría cantado en sextinas como «Martín Fierro» al modo popular. En él, curiosamente, adquiere patetismo —y arte— la charla de sobremesa, mecida de recuerdo, de nostalgia espantosa. Ningún poeta del Perú

supo eso, porque Chocano añoró lo visible, y Vallejo mira con el oído tendido a lo inaudible —a lo inaudito— de aquí. de allá, ritmo terco y no perceptible, de callado corazón jadeante.

Con César Vallejo se abre —y cierra— una etapa para la poesía del Perú. Para la de América. (Si tuviera menos recato crítico diría: para el mundo). Pero no es imitable. Su secreto no reside en un modo de decir, sino en un porqué. Poesía de rostro familiar y esencia cósmica, se ha ido con él: rostro cósmico, apocalíptico, y esencia familiar, humana.

Ni una palabra más.

A destiempo, estas glosas escritas también en deshilachamiento de emociones, de pasión:

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios, como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!
Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

El 15 de abril, en París, nos mandó la Muerte a uno de estos heraldos.

Y el hombre... Pobre... Pobre. Vuelve los ojos como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!

Ni lo sabremos, Vallejo!

Santiago, 1939.

LUIS-ALBERTO SANCHEZ

El Perú es, con Méjico, el país de América Española donde persiste con mayor fuerza, en la existencia de un proletariado indígena, el recuerdo de las civilizaciones desaparecidas. También la literatura peruana se nos presenta como un conflicto: dos elementos se combinan y se entrechocan, el mar y la montaña, el espíritu colonial de Lima, y el espíritu indígena de los Andes. Bajo el impulso de este último se ha formado un movimiento revolucionario e indigenista que tiene sus maestros y sus héroes: el noble escritor González Prada; Mariátegui, fundador del grupo comunista Amauta, muerto a los 34 años; Raúl Haya de la Torre, animador de la liga APRA.

Es en esta tradición que se inscriben la obra y la vida del poeta César Vallejo, amigo generoso cuya palabra entusiasta y cuyo extraño rostro dorado de Inca no olvidaré nunca. Tampoco lo olvidarán sus amigos los poetas españoles que con fraternal simpatía saludaron, por la pluma de José Bergamín y de Gerardo Diego, la aparición de su libro de versos, «TRILCE». El lirismo español se encontraba entonces en plena efervescencia y dispuesto a acoger con curiosidad apasionada todos los aportes exóticos capaces de enriquecerlo. Los poetas aguzaban el oído en dirección a esa vasta América en que se amplía el espacio español; a menudo no percibían sino el eco de sus propias voces, o, debilitados por modas fáciles y triviales, los últimos suspiros de los modernismos parisien- ses. Empero, qué felicidad cuando al través de esos lánguidos rumores estallaba la sinfonía pura, nueva, salvaje, ingenua y extraña de la América auténtica!

Es esa música la que se escuchaba en los versos de Vallejo. Cuando, como él, un poeta americano se encuentra, al mismo tiempo, libre de las tradiciones españolas y de las modas europeas, entonces construye su lengua que no se confunde con la lengua española sino a través de las estridencias, los chispazos ingenuos, las complicaciones bárbaras, las nostalgias sentimentales del gusto indio. Todo eso forma un arte extrañamente torpe y recargado que, sin duda, a fin de cuentas, se acuerda con el preciosismo propio del lirismo español y con las búsquedas de ese momento de su desarrollo. Pero la fuente es americana, y cuando los poetas castellanos o andaluces mojan sus labios en el brebaje ardiente que les es brindado, no se equivocan. Y con ese sentimiento de feliz sorpresa, integran a Vallejo en la gran corriente de la poesía ibérica, como integrarían más tarde, al chileno Pablo Neruda.

La poesía de Vallejo está hecha de asociaciones insólitas, y mezclas de vocablos mecánicos o agrestes, metálicos o minerales, en todo caso no pulidos por el uso poético. De ahí su aspecto exasperado, como si el poeta intentara producir emoción con instrumentos inadecuados a ese fin, que cogiera al azar y luego arrojará con furor. Es una poesía heteróclita y frenética, con repentinas suavidades en las que se transparenta toda la adorable melancolía del alma india. ¡Ah, ese acento americano, tan cautivante y susurrante! Gracias a sus infinitas variedades la lengua castellana que, ya, en la península, posee, como todas las lenguas europeas, una rica gama de entonaciones, depara aún sus posibilidades y puede ser cantada con ritmos y matices de una multiplicidad inagotable!

A esos versos hay que agregar, en la obra interrumpida que nos deja Vallejo, una novela, «EL TUNGSTENO», escrita para la colección de Novelas Proletarias de la Editorial Cenit y que es la atroz historia de la servidumbre india, del dominio del capital yanqui sobre el suelo americano y de la gran traición de la burguesía hispanoamericana. En cuanto al último volumen de versos de Vallejo, toma una significación especial por el hecho de apa-

recer el tema de la guerra de España. La forma desgarrada y paroxística, que es la forma de Vallejo, conviene, por desgracia, a ese asunto terrible. Es el arte necesario para expresar la conmoción producida por el duelo y el dolor de la vieja madre España en el alma de un poeta americano —«hijo de América y nieto de España»— como se decía el nicaragüense Rubén Darío, un indio él también. Porque todo americano, a pesar de las luchas pasadas, es dos veces español: por la raza —la raza que significa mezcla y riqueza de sangre y no orgullo de ralea, persecución estúpida, empobrecimiento y muerte— por la raza, es decir: condición física e histórica, y por la elección, la adhesión y la voluntad del espíritu. Y en las circunstancias actuales, Vallejo, gran corazón revolucionario y noble poeta, tenía una razón de más para querer ser español*.

JEAN CASSOU.

(*) Esta nota de Jean Cassou aparece sin título en la primera edición de *Poemas Humanos*. (Editions Les Presses Modernes, au Palais Royal, Paris, 1939), de la cual han sido tomados asimismo, el «César Vallejo», de Luis-Alberto Sánchez y la nota «Bio-bibliográfica» que firmó el Dr. Raúl Porras Barrenechea con sus simples iniciales.

NOTA BIO-BIBLIOGRAFICA

La historia literaria de mañana interrogará por la vida de César Vallejo. A esta exigencia póstuma obedecen estos sumarios apuntes, recogidos de huellas escritas y vivientes, sin pretensión de más.

César Vallejo nació el 6 de Junio de 1893 en Santiago de Chuco en los Andes del Perú y murió en París, en la Clínica Arago, el 15 de Abril de 1938.

Su infancia estuvo llena de dulzura hogareña en su rincón serrano, según se vislumbra en sus relatos y en sus versos. Eran doce hermanos y entre los menores Aguedita, Nativa, César y «Miguel que ha muerto». El padre ocuparía una posición espectable, acaso si hasta gobernador —él no lo ha dicho— y su recuerdo se yergue en las tardes a la hora en que se rezaba en común. El recuerdo materno —«mamá todo claror»— está unido a todos los más puros goces de su infancia y llena la añoranza constante de la casa familiar. Sin descanso ha evocado Vallejo aquel ambiente: las tibias colchas de vicuña con que los niños se cubrían del miedo de la noche, el patio empedrado de la casa, el corredor de abajo, el corral de gallinas y las piedras fragantes de boñiga, el pozo, el sillón antiguo del abuelo, «trasto de dinástico cuero» que rezonaba a «las nalgas tataranietas», la madre que repartía bizcochos de yema y servía el almuerzo en que reían albos platos de cancha y los juegos de los niños con el cielo y con el agua, viendo volar «las cometas azulinas» o yendo a destapar «la toma de un cre-

pásculo para que de día surja toda el agua que pasa de noche». Se educaría en Trujillo, en la costa del Perú y, después de haber sido estudiante y profesor, fue a Lima, en 1918, «para ganar cinco soles». Publicó entonces su primer libro de versos, *LOS HERALDOS NEGROS*, que le reveló como un poeta post-modernista independiente. Imperaba entonces en América y en el Perú la tendencia vertiginosa de Darío. El grupo intelectual de «Colónidas», en el que predominaba la tendencia esteticista de Valdelomar, acababa de consagrar al poeta de la Canción de las Figuras. Vallejo surgió con un acento nuevo y distinto, más hondo, más patético y más humano. Su verso precursor desdeñaba la musicería de violoncellos y los juegos de marionetas del rubendarismo y el simbolismo, y usaba un acento más viril y extraño aunque inconfundiblemente peruano. Federico de Onís halla que, desde aquel momento, su estro se identifica con el dolor de la raza indígena. Por entonces le recluyen en una cárcel provincial. Antenor Orrego, sus compañeros de Trujillo, los estudiantes, protestan y reclaman su libertad en nombre de su arte, de su bohemia y de su bondad. Las rejas de la cárcel no le afrentaron ni enquistaron su dolor nativo. «Ah! las cuatro paredes de la celda, —escribió— si vieras hasta qué hora son cuatro estas paredes». En la cárcel concibió un nuevo libro de poemas *TRILCE* y probablemente *ESCALAS MELOGRAFIADAS* (1923). Para descoyuntar a la crítica y al impecable sentido común, el primero, nominado con una palabra inexplicable y humorística, era un libro de versos y el segundo, pese a su título lírico, un volumen de cuentos. *TRILCE*, fue casi incomprendido. Con él, dice Onís, Vallejo «entró de lleno en el ultraísmo, pero el pasado de su vida, de su alma y de su raza, sigue siendo, purificado y desrealizado, el tema único de su poesía». Y Bergamín añade: «La poesía de *TRILCE* es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre o dolorido, casi salvaje». *ESCALAS MELOGRAFIADAS*, libro escasamente divulgado, revela a uno de los mejores cuentistas peruanos. La melancolía de su tierra serrana y de

los recuerdos familiares, se mezcla a relatos de una imaginación extraña y misteriosa como en «Cera», descripción del ambiente de una casa de juego mongólica en Lima, en que su sensibilidad se agudiza hasta tocar en zonas ignotas del trasfondo humano.

Venido a Europa, Vallejo vivió la vida bohemia del sudamericano. Vio París en las salas de Louvre y en la «luz áurea del sol sobre la cúpula del Sacre-Coeur»; ambuló por los cafés y los hoteles —Hotel Molière, Hotel Ribouté, Hotel des Ecoles, Maine Hotel— «el hotelero es una bestia»: vivió en Montparnasse entre Le Dome y la Rotonde y en el Barrio Latino —«hojas del Luxemburgo polvorosas»— y el Café de la Regencia, frente a la Comedia Francesa, reflejó en sus espejos sus pómulos de indio y su frente bethoviana, en tanto que el humo de su cigarro y la taza de café se fundían «en un óxido profundo de tristeza». Le acompañaba Alfonso de Silva, músico y hermano predilecto que tocaba tangos en una «boite de nuit» en que bebían juntos. Otras veces era Julio Gálvez, Gonzalo More y otros. Nada le hacía olvidar el Perú, a su sierra y a su madre, pero siempre, dirá en uno de sus versos, «con mi muerte querida y mi café y viendo los castaños frondosos de París». París le retuvo desde entonces. En Enero de 1929 se casó con Georgette, una chiquilla de ojos glaucos, que le utishaba sin conocerle, desde la ventana de su casa en la rue Molière, frente al hotel de Vallejo, el N^o 19, y no se acostaba hasta no verle regresar en la noche. Se fueron primero a Bretaña y después a Rusia, donde él había estado ya en 1928. Recorrieron Berlín, Leningrado, Moscú, Praga, Viena, Budapest, Venecia, Florencia, Roma, Pisa, Génova y Niza. El 29 de Diciembre de 1930, un «arrete» policial expulsó a Vallejo y su esposa de Francia, por su filiación comunista.

Vallejo va, entonces, por primera vez a España. Este país ocupará desde esa época un lugar preferido en el corazón del poeta y en su cuarto de hotel. Allí, donde se pone el pantalón, se quita la camisa y tiene un suelo y un alma «y un mapa de mi España». Aragón lo relevaría delante de su tumba: Vallejo indio de cora-

zón y de rostro, amó toda su vida, entrañablemente a España. (La última parte de su libro póstumo se llamaría: «España, aparta de mí este cáliz»). En Barcelona y en Madrid vive días de estrechez, de lucha y de trabajo. En Madrid, en una casita de la calle del Acuerdo, escribe su novela TUNGSTENO. Poco después edita su libro RUSIA 1931. Trabajo en periódicos madrileños —«Ahora», «Estampa» y «La Voz» que le rechaza quince artículos sobre Rusia, porque Vallejo a pesar de su necesidad, se niega a suprimir ciertos pasajes. La Editorial Cenit rehusa publicar un cuento suyo infantil, titulado PACO YUNQUE porque es demasiado pesimista y revolucionario. Vallejo sigue trabajando. Ha abordado el género teatral. Por esa época escribe un drama MAMPAR que leyó y aprobó el artista francés Jouvet y cuyos originales destruyó más tarde el mismo Vallejo. Escribe también un drama social «LOCK-OUT» y esboza futuras producciones dramáticas. En España se vincula con Bergamín, Alberti, Marichalar, Salinas, Larrea, García Lorca, pero sin salir de su aislamiento. Sus amigos más cercanos son dos peruanos, Xavier Abril y Juan Luis Velásquez y un español, Fernando Ibáñez. Por entonces aparece TRILCE auspiciado por un prólogo de Bergamín y un poema de Gerardo Diego. (1930). En 1932 Vallejo y su mujer regresan a Francia. Una amiga de ésta —Clara Candiani, hija de Pierre Mille— obtiene del Gobierno de Chautemps el permiso para residir en París. Vuelven a la rue Molière. Pero luego recomienza el éxodo de los hoteles: el de la rue Garibaldi, el de Raspail donde Vallejo estuvo muy enfermo, al de la rue Delambre cerca del Dome y el postrero de la Avenue du Maine próximo a la clínica fatal. Le rondan ya la muerte y la miseria. Vallejo trabaja fatigado y enfermo. Da una pausa a la poesía y se empeña en forjar un teatro que nunca verá representado. Termina de escribir MOSCU CONTRA MOSCU que titulará finalmente ENTRE LAS DOS ORILLAS CORRE EL RIO, comedia dramática, que condensa el pensamiento social de Vallejo, en la que el amor es más fuerte que el odio. Varona, princesa, de la época zarista y su hija Zuray «kansomolka» del soviét, contra la voluntad de su madre, personifican el antagonismo de dos gene-

raciones y de dos ideologías que Vallejo enfrenta en diálogo vigoroso y reconcilia luego en el cauce fraternizador de la ternura familiar. El príncipe Osip, el padre, alcohólico y degenerado, es un personaje que en sus delirios restaura el equilibrio de la razón y del sentimiento perturbados, con una lucidez casuística que se emparenta directamente con la poesía de Vallejo. Tras de esta comedia de polémica social, acomete la creación de *LOS HERMANOS COLACHO*, farsa de pura cepa topazziana, que describe la parábola social ascendente de dos provincianos, Acidal y Mordel Colacho, desde el tambo de la aldea serrana hasta la diputación, y la presidencia, con el apoyo de la Cotarca Corporation, el Comisario, un general, y dos comparsas democráticos.

El último esfuerzo teatral de Vallejo es una pieza que terminó poco antes de morir, *LA PIEDRA CANSADA*, tragedia basada en una leyenda inkaica y hecha, como todas las obras de Vallejo, a martillazo limpio, a puro dolor. Say Kusca es la piedra que fatigada de sufrir se negó a llegar al alto cerco del Sacsayhuaman al que estaba destinada y se quedó en medio del camino ante el azoro de los quechuas supersticiosos. En 15 cuadros, que se inician con el episodio de la piedra, surge el panorama inkaiço en toda su grandeza primitiva y pasan, en medio de un soplo de superstición y de misterio, como sombras más que como personajes, los amautas agoreros, las ñustas temerosas, los chasquis veloces, los quipucamayocs, los mitimaes y los soldados, la multitud inkaica en suma. Tolpor el hachero, ama a la ñusta Kaura, con amor fatal y prohibido y, por esta pasión, asesina, se subleva, vence, es elegido inka y se arranca los ojos para terminar errante y mendigo. Es un poema trágico y grandioso en que la masa quechua vive, grita, sufre, trabaja, canta y, en vez de obedecer ciega y convencionalmente, se rebela y protesta contra la tiranía de los auquis. «Ama sua, Ama llulla, Ama quella» dicen los chasquis al llegar sudorosos y jadeantes a la plaza del Intipampa y los sabios Amautas responden: «Vayas o vengas el polvo del camino te acompañe». Los coros desbordan la esencia lírica popular y hay escenas como la del re-

greso de las tropas quechuas vencedoras de los kobras, plenas de grandeza multánime, en tanto que otros cuadros, como el de la aldea de Huaylas, son de una pureza pastoral.

En este mismo período escribió Vallejo algunos ensayos sociales, notas, apuntes, páginas de diario de un incansable auscultador de sí mismo, coleccionadas algunas en dos libros inéditos: **EL ARTE Y LA REVOLUCION** y **CONTRA EL SECRETO PROFESIONAL**. En Julio de 1937, realizó su última peregrinación a España. Fue invitado al Congreso de Escritores Revolucionarios que sesionó en Barcelona, Valencia y Madrid, en plena guerra. Vio de cerca el dolor de España y escribió los poemas que figuran al fin de este libro exaltando al miliciano marxista. A fines de 1937, de regreso de aquel viaje, Vallejo, que después de casi diez años no escribía versos, volvió a escribir, febril y convulsamente, esta nueva serie de poemas, que se han reunido bajo el título de **POEMAS HUMANOS**, y quedaron en borradores. «Me moriré en París con aguacero» —dice en uno de los desgarrantes versos de este volumen, henchido como ninguno de los suyos de sordo dolor metafísico y de angustia corporal. Atacado de un mal extraño como sus versos y su vida, le llevaron poco más tarde a una clínica. A su lecho de agonía le llegó aún algún volumen que venía del Perú y en el que Estuardo Núñez le reconocía como el más alto valor poético de la poesía peruana actual. Al pie de él estuvieron incesantemente Georgette y los médicos que no supieron diagnosticar su mal. Murió en la mañana del viernes santo de 1938 y, como él lo había querido, llovía tenuemente sobre París.

La edición de este volumen se hace gracias a la vigilante fidelidad de la compañera de Vallejo, quien ha descifrado paciente y amorosamente los originales y mecanografiado ella misma toda su obra inédita. Un grupo de admiradores de Vallejo, los da a la estampa, sin apoyo ninguno oficial. Entre tanto la obra restante de Vallejo, la más rotunda y fuerte personalidad literaria del Perú reciente, espera la hora imprescindible de su publicación.

RAUL PORRAS BARRENECHEA.

ME ESTOY RIENDO

UN guijarro, uno solo, el más bajo de todos,
controla
a todo el médano aciago y faraónico.

El aire adquiere tensión de recuerdo y de anhelo,
y bajo el sol se calla
hasta exigir el cuello a las pirámides.

Sed. Hidratada melancolía de la tribu errabunda,
gota
a
gota,
del siglo al minuto.

Son tres TRES paralelos, a
barbados de barba inmemorial,
en marcha 3 3 3

Es el tiempo este anuncio de gran zapatería,
es el tiempo, que marcha descalzo
de la muerte hacia la muerte.

PRIMAVERA TUBEROSA

ESTA vez, arrastrando briosa sus pobreza
al sesgo de mi pompa delantera,
coteja su coturno con mi traspíe sin taco,
la primavera exacta de picotón de buitre.

La perdí en cuanto tela de mis despilfarros,
juguéla en cuanto pomo de mi aplauso;
el termómetro puesto, puesto el fin, puesto el gusano,
contusa mi doblez del otro día,
aguardéla al arrullo de un grillo fugitivo
y despedíla uñoso, somático, sufrido.

Veces latentes de astro,
ocasiones de ser gallina negra,
entablo la bandida primavera
con mi chusma de aprietos,
con mis apocamientos en camisa,
mi derecho soviético y mi gorra.

Veces las del bocado lauríneo,
con símbolos, tabaco, mundo y carne,
deglución translaticia bajo palio,
al son de los testículos cantores;

talentoso torrente el de mi suave suavidad,
rebatible a pedradas, ganable con tan sólo suspirar...
Flora de estilo, plena,
citada en fangos de honor por rosas auditivas...
Respingo, coz, patada sencilla,
triquiñuela adorada... Cantan... Sudan...

HE aquí que hoy saludo, me pongo el cuello y vivo,
superficial de pasos, insondable de plantas.
Tal me recibo de hombre, tal más bien me despido
y de cada hora mía retoña una distancia.

Queréis más? encantado.
Políticamente, mi palabra
emite cargos contra mi labio inferior
y económicamente,
cuando doy la espalda a Oriente,
distingo en dignidad de muerte a mis visitas.

Desde tales códigos regulares saludo
al soldado desconocido
al verso perseguido por la tinta fatal
y al saurio que Equidista diariamente
de su vida y su muerte,
como quien no hace la cosa.

El tiempo tiene un miedo ciempiés a los relojes.

TERREMOTO

HABLANDO de la leña, callo el fuego?
Barriendo el suelo, olvido el fósil?
Razonando,
mi trenza, mi corona de carne?
(Contesta, amado Hermeregildo, el brusco;
pregunta, Luis, el lento!).

Encima, abajo, con tamaña altura—
Madera tras el reino de las fibras!
Isabel, con horizonte de entrada!
Lejos, al lado, astutos Atanacios!

Todo, la parte!
Unto a ciegas en luz mis calcetines,
en riesgo, la gran paz de este peligro,
y mis cometas, en la miel pensada,
el cuerpo, en miel llorada.

Pregunta, Luis: responde, Hermeregildo!
Abajo, arriba, al lado, lejos!
Isabel, fuego, diplomas de los muertos!
Horizonte, Atanacio, parte, todo!
Miel de miel, llanto de frente!

Reino de la madera,
corte oblicuo a la línea del camello,
fibra de mi corona de carne!

POR último, sin ese buen aroma sucesivo,
sin él,
sin su cuociente melancólico,
cierra su manto mi ventaja suave,
mis condiciones cierran sus cajitas.

Ay, cómo la sensación arruga tanto!
ay, cómo una idea fija me ha entrado en una uña!

Albino, áspero, abierto, con temblorosa hectárea,
mi deleite cae viernes,
mas mi triste tristumbre se compone de cólera y tristeza
y, a su borde arenoso e indoloro,
la sensación me arruga, me arrincona.

Ladrones de oro, víctimas de plata:
el oro que robara yo a mis víctimas,
rico de mí olvidándolo!
la plata que robara a mis ladrones,
pobre de mí olvidándolo!

Execrable sistema, clima en nombre del cielo, del bronquío
[y la quebrada,
la cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre...

CONFIANZA en el antejo, no en el ojo;
en la escalera, nunca en el peldaño;
en el ala, no en el ave
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en la maldad, no en el malvado;
en el vaso, mas nunca en el licor;
en el cadáver, no en el hombre
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en muchos, pero ya no en uno;
en el cauce, jamás en la corriente;
en los calzones, no en las piernas
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en la ventana, no en la puerta;
en la madre, mas no en los nueve meses;
en el destino, no en el dado de oro,
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

VA corriendo, andante, huyendo
de sus pies...

Va con dos nubes en su nube,
sentado apócrifo, en la mano insertos
sus tristes paras, sus entonces fúnebres.

Corre de todo, andando
entre protestas incoloras: huye
subiendo, huye
bajando, huye
a paso de sotana, huye
alzando al mal en brazos,
huye
directamente a sollozar a solas.

Adonde vaya,
lejos de sus fragosos, cáusticos talones,
lejos del aire, lejos de su viaje,
a fin de huir, huir y huir y huir
de sus pies —hombre en dos pies, parado
de tanto huir— habrá sed de correr.

Y ni el árbol, si endosa hierro de oro!
Y ni el hierro, si cubre su hojarasca!
Nada, sino sus pies,
nada sino su breve calofrío,
sus paras vivos, sus entonces vivos...

AL cavilar en la vida, al cavilar
despacio en el esfuerzo del torrente,
alivia, ofrece asiento el existir,
condena a muerte;
envuelto en trapos blancos cae,
cae planetariamente,
el clavo hervido en pesadumbre; cae!
(Actitud oficial, la de mi izquierda;
viejo bolsillo, en sí considerada esta derecha).

Todo está alegre, menos mi alegría
y todo, largo, menos mi candor,
mi incertidumbre!
A juzgar por la forma, no obstante, voy de frente,
cojeando antiguamente,
y olvido por mis lágrimas mis ojos (Muy interesante)
y subo hasta mis pies desde mi estrella.

Tejo; de haber hilado, heme tejiendo.
Busco lo que me sigue y se me esconde entre arzobispos,
por debajo de mi alma y tras del humo de mi aliento.
Tal era la sensual desolación
de la cabra doncella que ascendía,
exhalando petróleos fatídicos,
ayer domingo en que perdí mi sábado.

Tal es la muerte, con su audaz marido.

UN pilar soportando consuelos,
pilar otro,
pilar en duplicado, pilaroso
y como nieto de una puerta oscura.

Ruido perdido, el uno, oyendo, al borde del cansancio;
bebiendo, el otro, dos a dos, con asas.

Ignoro acaso el año de este día,
el odio de este amor, las tablas de esta frente?
Ignoro que esta tarde cuesta días?
Ignoro que jamás se dice "nunca", de rodillas?

Los pilares que vi me están oyendo;
otros pilares son, doses y nietos tristes de mi pierna.
Lo digo en cobre americano,
que le bebe a la plata tanto fuego!

Consolado en terceras nupcias,
pálido, nacido,
voy a cerrar mi pila bautismal, esta vidriera,
este susto con tetas.
este dedo en capilla,
corazónmente **unido** a mi esqueleto.

CALOR, cansado voy con mi oro, a donde
acaba mi enemigo de quererme.
C'est Septembre attiédi, por ti Febrero!
Es como si me hubieran puesto aretes.

París, 4, y 5, y la ansiedad
colgada, en el calor, de mi hecho muerto.
C'est Paris reine du monde!
Es como si se hubieran orinado.

Hojas amargas de mensual tamaño
y hojas del Luxemburgo polvorosas.
C'est l'été, por tí, invierno de alta pleura!
Es como si se hubieran dado vuelta.

Calor, París, otoño, cuánto estío
en medio del calor y de la urbe!
C'est la vie, mort de la Mort!
Es como si contaran mis pisadas.

Es como si me hubieran puesto aretes!
Es como si se hubieran orinado!
Es como si te hubieras dado vuelta!
Es como si contaran mis pisadas!

EPISTOLA A LOS TRANSEUNTES

REANUDO mi día de conejo,
mi noche de elefante en descanso.

Y, entre mí, digo:
ésta es mi inmensidad en bruto, a cántaros,
éste es mi grato peso, que me buscara abajo para pájaro;
éste es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala,
éstas son mis sagradas escrituras,
éstos mis alarmados compañeros.

Lúgubre isla me alumbrará continental,
mientras el capitolio se apoye en mi íntimo derrumbe
y la asamblea en lanzas clausure mi desfile.

Pero cuando yo muera
de vida y no de tiempo,
cuando lleguen a dos mis dos maletas,
éste ha de ser mi estómago en que cupo mi lámpara en pedazos,
ésta aquella cabeza que expió los tormentos del círculo en mis
[pasos,
éstos esos gusanos que el corazón contó por unidades,
éste ha de ser mi cuerpo solidario

por el que vela el alma individual; éste ha de ser
mi ombligo en que maté mis piojos natos,
ésta mi cosa cosa, mi cosa tremebunda.

En tanto, convulsiva, ásperamente
convalece mi freno,
sufriendo como sufro del lenguaje directo del león:
y, puesto que he existido entre dos potestades de ladrillo,
convalezco yo mismo sonriendo de mis labios.

QUIERE y no quiere su color mi pecho,
por cuyas brascas vías voy, lloro con palo,
trato de ser feliz, lloro en mi mano,
recuerdo, escribo
y remacho una lágrima en mi pómulo.

Quiere su rojo el mal, el bien su rojo enrojecido
por el hacha suspensa,
por el trote del ala a pie volando,
y no quiere y sensiblemente
no quiere a questo el hombre;
no quiere estar en su alma
acostado, en la sien latidos de asta,
el bimano, el muy bruto, el muy filósofo.

Así, casi no soy, me vengo abajo
desde el arado en que socorro a mi alma
y casi, en proporción, casi enaltézcome.
Que saber por qué tiene la vida este perrazo,
por qué lloro, por qué,
cejón, inhábil, veleidoso, hube nacido
gritando;
saberlo, comprenderlo
al son de un alfabeto competente,
sería padecer por un ingrato.

Y no! No! No! Qué ardid, ni paramento!
Congoja, sí, con sí firme y frenético,
coriáceo, rapaz, quiere y no quiere, cielo y pájaro;
congoja, sí, con toda la bragueta.
Contienda entre dos llantos, robo de una sola ventura,
vía indolora en que padezco en chanclos
de la velocidad de andar a ciegas.

SALUTACION ANGELICA

ESLAVO con respecto a la palmera,
alemán de perfil al sol, inglés sin fin,
francés en cita con los caracoles,
italiano exprofeso, escandinavo de aire,
español de pura bestia, tal el cielo
ensartado en la tierra por los vientos,
tal el beso del límite en los hombros.

Mas sólo tú demuestras, descendiendo
o subiendo del pecho, bolqueviche,
tus trazos confundibles,
tu gesto marital,
tu cara de padre,
tus piernas de amado,
tu cutis por teléfono,
tu alma perpendicular
a la mía,
tus codos de justo
y un pasaporte en blanco en tu sonrisa.

Obrando por el hombre, en nuestras pausas,
matando, tú, a lo largo de tu muerte
y a lo ancho de un abrazo salubérrimo,

vi que cuando comías, después, tenías gusto,
vi que en tus sustantivos creció yerba.

Yo quisiera, por eso,
tu calor doctrinal, frío y en barras,
tu añadida manera de mirarnos
y aquesos tuyos pasos metalúrgicos,
aquesos tuyos pasos de otra vida.

Y digo bolchevique, tomando esta flaqueza
en su feroz linaje de exhalación terrestre;
hijo natural del bien y del mal
y viviendo tal vez por vanidad, para que digan,
me dan tus simultáneas estaturas mucha pena,
puesto que tú no ignoras en quién se me hace tarde diaria-
[mente,
en quién estoy callado y medio tuerto.

AL fin, un monte
detrás de la bajura: al fin, humeante nimbo
alrededor, durante un rostro fijo.

Monte en honor del pozo,
sobre
filones de gratuita plata de oro.

Es la franja a que arrástranse,
seguras de sus tonos de verano,
las que eran largas válvulas difuntas;
el taciturno marco de este arranque
natural, de este agosto zapatazo,
de esta piel, de este intrínseco destello
digital, en que estoy entero, lúbrico.

Quehaceres en un pie, mecha de azufre,
oro de plata y plata hecha de plata
y mi muerte, mi hondura, mi colina.

Pasar
abrazado a mis brazos,
destaparme después o antes del corcho!
Monte que tantas veces manara
oración, prosa fluvial de llanas lágrimas;
monte abajo, compuesto de suplicantes gradas
y, más allá, de torrenciales torres;
niebla entre el día y el alcohol del día,
caro verdor de coles, tibios asnos
complementarios, palos y maderas;
filones de gratuita plata de oro.

LA RUEDA DEL HAMBRIENTO

POR entre mis propios dientes salgo humeando,
dando voces, pujando,
bajándome los pantalones...
Váca mi estómago, váca mi yeyuno,
la miseria me saca por entre mis propios dientes,
cogido con un palito por el puño de la camisa.

Una piedra en que sentarme
no habrá ahora para mí?
Aun aquella piedra en que tropieza la mujer que ha dado a
[luz,
'la madre del cordero, la causa, la raíz,
ésa no habrá ahora para mí?
Siquiera aquella otra,
que ha pasado agachándose por mi alma!
Siquiera
la calcárida o la mala (humilde océano)
o la que ya no sirve ni para ser tirada contra el hombre,
ésa dádmela ahora para mí!

Siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto,
ésa dádmela ahora para mí!
Siquiera la torcida y coronada, en que resuena

solamente una vez el andar de las rectas conciencias,
o. al menos, esa otra, que arrojada en digna curva,
va a caer por sí misma,
en profesión de entraña verdadera,
ésa dádmela ahora para mí!

Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí?
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme
una piedra en que sentarme,
pero dadme,
por favor, un pedazo de pan en que sentarme,
pero dadme
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse,
y después me iré...
Hallo una extraña forma, está muy rota
y sucia mi camisa
y ya no tengo nada, esto es horrendo.

FUE domingo en las claras orejas de mi burro,
de mi burro peruano en el Perú (Perdonen la tristeza).
Mas hoy ya son las once en mi experiencia personal,
experiencia de un solo ojo, clavado en pleno pecho,
de una sola burrada, clavada en pleno pecho,
de una sola hecatombe, clavada en pleno pecho.

Tal de mi tierra veo los cerros retratados,
ricos en burros, hijos de burros, padres hoy de vista,
que tornan ya pintados de creencias,
cerros horizontales de mis penas.

En su estatua, de espalda,
Voltaire cruza su capa y mira el zócalo,
pero el sol me peneira y espanta de mis dientes incisivos
un número crecido de cuerpos inorgánicos.

Y entonces sueño en una piedra
verduzca, diecisiete,
peñasco numeral que he olvidado,
sonido de años en el rumor de aguja de mi brazo,
lluvia y sol en Europa, y cómo toso! cómo vivo!
cómo me duele el pelo al columbrar los siglos semanales!
y cómo, por recodo, mi ciclo microbiano,
quiero decir mi trémulo, patriótico peinado.

Oh botella sin vino! Oh vino que enviudó de esta botella!
Tarde cuando la aurora de la tarde
flameó funestamente en cinco espíritus.
Viudez sin pan ni mugre, rematando en horrendos metaloides
y en células orales acabando.
Oh siempre, nunca dar con el jamás de tanto siempre!
Oh mis buenos amigos, cruel falacia,
parcial, penetrativa en nuestro trunco,
volátil, jugarino desconsuelo!

Sublime, baja perfección del cerdo,
palpa mi general melancolía!
Sueña sonante en sueños,
sueña
zafia, inferior, vendida, lícita, ladrona,
baja y palpa lo que eran mis ideas!

Tú y él y ellos y todos,
sin embargo,
entraron a la vez en mi camisa,
en los hombros madera, entre los fémures, palillos;
tú particularmente,
habiéndome influído;
él, fútil, colorado, con dinero
y ellos, zánganos de ala de otro peso.

Oh botella sin vino! Oh vino que enviudó de esta botella!

LOS mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras;
fajaron su salud con estampidos
y, elaborando su función mental,
cerraron con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo.
Era de ver sus polvos corrosivos!
Era de oír sus óxidos de altura!
Cuñas de boca, yunques de boca, aparatos de boca (Es
[formidable!]).

El orden de sus túmulos,
sus inducciones plásticas, sus respuestas corales,
āgolpāronse al pie de ígneos percances
y airente amarillura conocieron los trístidos y tristes,
imbuidos
del metal que se acaba, del metaloide pálido y pequeño.

Craneados de labor,
y calzados de cuero de vizcacha,
calzados de senderos infinitos,
y los ojos de físico llorar,
creadores de la profundidad,
saben, a cielo intermitente de escalera,
bajar mirando para arriba,
saben subir mirando para abajo.

Loor al antiguo juego de su naturaleza,
a sus insomnes órganos, a su saliva rústica!
Temple, filo y punta, a sus pestañas!

Crezcan la yerba, el líquen y la rana en sus adverbios!
Felpa de hierro a sus nupciales sábanas!
Mujeres hasta abajo, sus mujeres!
Mucha felicidad para los suyos!

Son algo portentoso, los mineros
remontando sus ruinas venideras,
elaborando su función mental
y abriendo con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo!

Loor a su naturaleza amarillenta,
a su linterna mágica,
a sus cubos y rombos, a sus percances plásticos,
a sus ojazos de seis nervios ópticos
y a sus hijos que juegan en la iglesia
y a sus tácitos padres infantiles!
Salud, oh creadores de la profundidad!...

PERO antes de que se acabe
toda esta dicha, piérdela atacándola,
tómale la medida, por si rebasa tu ademán; rebásala,
ve si cabe tendida en tu extensión.

Bien la sé por su llave,
aunque no sepa, a veces, si esta dicha
anda sola, apoyada en tu infortunio
o tañida, por sólo darte gusto, en tus falanjas.
Bien la sé única, sola
de una sabiduría solitaria.

En tu oreja el cartílago está hermoso
y te escribo por eso, te medito:
no olvides en tu sueño de pensar que eres feliz,
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba,
pero al llegar asume
un caótico aroma de asta muerta.

Silbando a tu muerte,
sombbrero a la pedrada,
blanco, ladeas a ganar tu batalla de escaleras,
soldado del tallo, filósofo del grano, mecánico del sueño.

(Me percibes, animal?
me déjo comparar como tamaño?)

No respondes y callado me miras
a través de la edad de tu palabra).

Ladeando así tu dicha, volverá
a clamarla tu lengua, a despedirla,
dicha tan desgraciada de durar.
Antes, se acabará violentamente,
dentada, pedernalina estampa,
y entonces oirás cómo medito
y entonces tocarás cómo tu sombra es ésta mía desvestida
y entonces olerás cómo he sufrido.

PIENSAN LOS VIEJOS ASNOS

AHORA vestiríame
de músico por verle,
chocaría con su alma, sobándole el destino con mi mano,
le dejaría tranquilo, ya que es un alma a pausas,
en fin, le dejaría
posiblemente muerto sobre su cuerpo muerto.

Podría hoy dilatarse en este frío,
podría toser; le vi bostezar, duplicándose en mi oído
su aciago movimiento muscular.
Tal me refiero a un hombre, a su placa positiva
y, por qué no? a su boldo ejecutante,
aquel horrible filamento lujoso;
a su bastón con puño de plata con perrito,
y a los niños
que él dijo eran sus fúnebres cuñados.

Por eso vestiríame hoy de músico,
chocaría con su alma que quedóse mirando a mi materia,

Mas ya nunca veréle afeitándose al pie de su mañana;
ya nunca, ya jamás, ya para qué!
Hay que ver! Qué cosa cosa!
qué jamás de jamases su jamás!

LA punta del hombre,
el ludibrio pequeño de encogerse
tras de fumar su universal ceniza:
punta al darse en secretos caracoles,
punta donde se agarra uno con guantes,
punta en lunes sujeto por seis frenos,
punta saliendo de escuchar a su alma.

De otra manera,
fueran lluvia menuda los soldados
y ni cuadrada pólvora, al volver de los bravos desatinos,
y ni letales plátanos; tan sólo
un poco de patilla en la silueta.
De otra manera, caminantes suegros,
cuñados en misión sonora,
yernos por la vía ingratisima del jebe.
toda la gracia caballar andando
puede fulgir esplendorosamente!

Oh pensar geométrico al trasluz!
Oh no morir bajamente
de majestad tan rauda y tan fragante!
Oh no cantar; apenas
escribir y escribir con un palito
o con el filo de la oreja inquieta!

Acorde de lápiz, tímpano sordísimo,
dondoneo en mitades robustas

y comer de memoria buena carne,
jamón, si falta carne,
y un pedazo de queso con gusanos hembras,
gusanos machos y gusanos muertos.

HOY me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir: ya lo decía.
Casi toqué la parte de mi todo y me contuve
con un tiro en la lengua detrás de mi palabra.

Hoy me palpo el mentón en retirada
y en estos momentáneos pantalones yo me digo:
Tanta vida y jamás!
Tantos años y siempre mis semanas! . . .
Mis padres enterrados con su piedra
y su triste estirón que no ha acabado;
de cuerpo entero hermanos, mis hermanos,
y, en fin, mi ser parado y en chaleco.

Me gusta la vida enormemente
pero, desde luego,
con mi muerte querida y mi café
y viendo los castaños frondosos de París
y diciendo:
Es un ojo éste, aquél; una frente ésta, aquella . . . Y repitiendo.
Tanta vida y jamás me falla la tonada!
Tantos años y siempre, siempre, siempre!
Dije chaleco, dije
todo, parte, ansia, dije casi por no llorar.
Que es verdad que sufrí en aquel hospital que queda al lado

y está bien y está mal haber mirado
de abajo para arriba mi organismo.

Me gustará vivir siempre, así fuese de barriga,
porque, como iba diciendo y lo repito,
tanta vida y jamás! Y tantos años,
y siempre, mucho siempre, siempre, siempre!

ELLO es que el lugar donde me pongo
el pantalón, es una casa donde
me quito la camisa en alta voz
y donde tengo un suelo, un alma, un mapa de mi España.
Ahora mismo hablaba
de mí conmigo, y ponía
sobre un pequeño libro un pan tremendo
y he, luego, hecho el traslado, he trasladado,
queriendo canturrear un poco, el lado
derecho de la vida al lado izquierdo;
más tarde, me he lavado todo, el vientre,
briosa dignamente;
he dado vuelta a ver lo que se ensucia,
he raspado lo que me lleva tan cerca
y he ordenado bien el mapa que
cabeceaba o lloraba, no lo sé.

Mi casa, por desgracia, es una casa,
un suelo por ventura, donde vive
con su inscripción mi cucharita amada,
mi querido esqueleto ya sin letras,
la navaja, un cigarro permanente.
De veras, cuando pienso
en lo que es la vida,
no puedo evitar de decírsele a Georgette,
a fin de comer algo agradable y salir,

por la tarde, comprar un buen periódico,
guardar un día para cuando no haya,
una noche también, para cuando haya:
(así se dice en el Perú — me excuso);
del mismo modo, sufro con gran cuidado,
a fin de no gritar o de llorar, ya que los ojos
poseen, independientemente de uno, sus pobrezaas,
quiero decir, su oficio, algo
que resbala del alma y cae al alma.

Habiendo atravesado
quince años; después, quince, y, antes, quince,
uno se siente, en realidad, tontillo,
es natural, por lo demás, qué hacer!
Y qué dejar de hacer, que es lo peor!
Sino vivir, sino llegar
a ser lo que es uno entre millones
de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas,
entre el sol y su rayo que es de luna
y entre la misa, el pan, el vino y mi alma.

Hoy es domingo y, por eso,
me viene a la cabeza la idea, al pecho el llanto
y a la garganta, así como un gran bulto.
Hoy es domingo, y esto
tiene muchos siglos; de otra manera,
sería, quizá, lunes, y vendríame al corazón la idea,
al seso, el llanto
y a la garganta, una gana espantosa de ahogar
lo que ahora siento,
como un hombre que soy y que he sufrido.

INTENSIDAD Y ALTURA

QUIERO escribir, pero me sale espuma,
quiero decir muchísimo y me atollo;
no hay cifra hablada que no sea suma,
no hay pirámide escrita, sin cogollo.

Quiero escribir, pero me siento puma;
quiero laurearme, pero me encebollo.
No hay voz hablada, que no llegue a bruma,
no hay dios ni hijo de dios, sin desarrollo.

Vámonos, pues, por eso, a comer yerba,
carne de llanto, fruta de gemido,
nuestra alma melancólica en conserva.

Vámonos! Vámonos! Estoy herido;
vámonos a beber lo ya bebido,
vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva.

HASTA el día en que vuelva, de esta piedra
nacerá mi talón definitivo,
con su juego de crímenes, su yedra,
su obstinación dramática, su olivo.

Hasta el día en que vuelva, prosiguiendo,
con franca rectitud de cojo amargo,
de pozo en pozo, mi periplo, entiendo
que el hombre ha de ser bueno, sin embargo.

Hasta el día en que vuelva y hasta que ande
el animal que soy, entre sus jueces,
nuestro bravo meñique será grande,
digno, infinito dedo entre los dedos.

LOS NUEVE MONSTRUOS

Y, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
y la condición del martirio, carnívoro, voraz,
es el dolor, dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de ser, dolernos doblemente.

Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
Jamás, señor ministro de salud, fue la salud
más mortal
y la migraña extrajo tanta frente de la frente!
Y el mueble tuvo en su cajón, dolor,
el corazón. en su cajón, dolor,
la lagartija, en su cajón, dolor.

Crece la desdicha, hermanos hombres,
más pronto que la máquina, a diez máquinas, y crece
con la res de Rousseau, con nuestras barbas;
crece el mal por razones que ignoramos
y es una inundación con propios líquidos,
con propio barro y propia nube sólida!
Invierte el sufrimiento posiciones, da función
en que el humor acuoso es vertical
al pavimento,
el ojo es visto y esta oreja oída,
y esta oreja da nueve campanadas a la hora
del rayo, y nueve carcajadas
a la hora del trigo, y nueve sones hembras
a la hora del llanto. y nueve cánticos
a la hora del hambre, y nueve truenos
y nueve látigos, menos un grito.

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar...
Pues de resultas
del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
y otros que nacen y no mueren y otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren (Son los más).
Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver el pan, crucificado, al nabo,

ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardido!
Cómo, hermanos humanos,
no deciros que ya no puedo y
ya no puedo con tanto cajón,
tanto minuto, tanta
lagartija y tanta
inversión, tanto lejos y tanta sed de sed!
Señor Ministro de Salud: qué hacer?
Ah! desgraciadamente, hombre humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.

PARIS, OCTUBRE 1936

DE todo esto yo soy el único que parte.
De este banco me voy, de mis calzones,
de mi gran situación, de mis acciones,
de mi número hendido parte a parte,
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Elíseos o al dar vuelta
la extraña callejuela de la Luna,
mi defunción se va, parte mi cuna,
y, rodeada de gente, sola, suelta,
mi semejanza humana dase vuelta
y despacha sus sombras una a una.

Y me alejo de todo, porque todo
se queda para hacer la coartada:
mi zapato, su ojal, también su lodo
y hasta el dobléz del codo
de mi propia camisa abotonada.

SERMON SOBRE LA MUERTE

Y, en fin, pasando luego al dominio de la muerte,
que actúa en escuadrón, previo corchete,
párrafo y llave, mano grande y diéresis,
a qué el pupitre asirio? a qué el cristiano púlpito,
el intenso jalón del mueble vándalo
o, todavía menos, este esdrújulo retiro?

Es para terminar,
mañana, en prototipo del alarde fálico,
en diabetes y en blanca vacinica,
en rostro geométrico, en difunto,
que se hacen menester sermón y almendras,
que sobran literalmente patatas.
y este espectro fluvial en que arde el oro
y en que se quema el precio de la nieve?
Es para eso, que morimos tanto?
Para sólo morir,
tenemos que morir a cada instante?
Y el párrafo que escribo?
y el corchete deísta que enarbolo?
Y el escuadrón en que falló mi casco?
Y la llave que va a todas las puertas?

**Y la forense diéresis, la mano,
mi patata y mi carne y mi contradicción bajo la sábana?**

Loco de mí, lobo de mí, cordero
de mi, sensato, caballísimo de mí!
Pupitre, sí, toda la vida; púlpito,
también, toda la muerte!
Sermón de la barbarie: estos papeles;
esdrújulo retiro: este pellejo.
De esta suerte, cogitabundo, aurífero, brazudo,
defenderé mi presa en dos momentos,
con la voz y también con la laringe,
y del olfato físico con que oro
y del instinto de inmovilidad con que ando,
me honraré mientras viva —hay que decirlo;
se enorgullecerán mis moscardones,
porque, al centro, estoy yo, y a la derecha,
también, y, a la izquierda, de igual modo.

EL acento me pende del zapato;
le oigo perfectamente
sucumbir, lucir, doblarse en forma de ámbar
y colgar, colorante, mala sombra.
Me sobra así el tamaño,
me ven jueces desde un árbol,
me ven con sus espaldas ir de frente,
entrar a mi martillo,
pararme a ver a una niña
y, al pie de un urinario, alzar los hombros.

Seguramente nadie está a mi lado,
me importa poco, no lo necesito;
seguramente han dicho que me vaya:
lo siento claramente.

Cruelísimo tamaño el de rezar!
Humillación, fulgor, profunda selva!
Me sobra ya tamaño, bruma elástica,
rapidez por encima y desde y junto.
Imperturbable! Imperturbable! Suenan
luego, después, fatídicos teléfonos.
Es el acento; es él.

QUISIERA hoy ser feliz de buena gana,
ser feliz y portarme frondoso de preguntas,
abrir por temperamento de par en par mi cuarto, como loco,
y reclamar, en fin,
en mi confianza física acostado,
sólo por ver si quieren,
sólo por ver si quieren probar de mi espontánea posición,
reclamar, voy diciendo,
por qué me dan así tanto en el alma.

Pues quisiera en sustancia ser dichoso,
obrar sin bastón, laica humildad, ní burro negro.
Así las sensaciones de este mundo,
los cantos subjuntivos,
el lápiz que perdí en mi cavidad
y mis amados órganos de llanto.
Hermano persuasible, camarada,
padre por la grandeza, hijo mortal,
amigo y contendor, inmenso documento de Darwin:
A qué hora, pues, vendrán con mi retrato?
A los goces? Acaso sobre goce amortajado?
Más temprano? Quién sabe, a las porfías?

A las misericordias, camarada,
hombre mío en rechazo y observación, vecino
en cuyo cuello enorme sube y baja,
al natural, sin hilo, mi esperanza. . .

ALFONSO, estás mirándome, lo veo,
desde el plano implacable donde moran
lineales los siempres, lineales los jamases.
(Esa noche, dormiste, entre tu sueño
y mi sueño, en la rue de Ribouté).

Palpablemente
tu inolvidable cholo te oye andar
en París, te siente en el teléfono callar
y toca en el alambre a tu último acto
tomar peso, brindar
por la profundidad, por mí, por ti.

Yo todavía
compro "du vin, du lait, comptant les sous"
bajo mi abrigo, para que no me vea mi alma,
bajo mi abrigo, aquel, querido Alfonso,
y bajo el rayo simple de la sien compuesta;
yo todavía sufro, y tú, ya no, jamas, hermano!
(Me han dicho que en tus siglos de dolor,
amado ser,
amado estar,
hacías ceros de madera. Es cierto?).

En la "boite de nuit", donde tocabas tangos,
tocando tu indignada criatura su corazón,

escoltado de ti mismo, llorando
por ti mismo y por tu enorme parecido con tu sombra,
monsieur Fourgat, el patrón, ha envejecido.
Decírselo? Contárselo? No más,
Alfonso; eso, ya no?

El Hotel des Ecoles funciona siempre
y todavía compran mandarinas;
pero yo sufro, como te digo,
dulcemente, recordando
lo que hubimos sufrido ambos a la muerte de ambos,
en la apertura de la doble tumba,
de esa otra tumba con tu ser,
y de ésta de caoba con tu estar;
sufro, bebiendo un vaso de ti, Silva,
un vaso para ponerse bien, como decíamos,
y después, ya veremos lo que pasa...

Es éste el otro brindis, entre tres,
taciturno, diverso
en vino, en mundo, en vidrio, el que brindábamos
más de una vez al cuerpo
y, menos de una vez, al pensamiento.
Hoy es más diferente todavía;
hoy sufro dulce, amargamente,
bebo tu sangre en cuanto a Cristo el duro,
como tu hueso en cuanto a Cristo el suave,
porque te quiero, dos a dos, Alfonso,
y casi lo podría decir, eternamente.

CONSIDERANDO en frío, imparcialmente,
que el hombre es triste, tose y, sin embargo,
se complace en su pecho colorado;
que lo único que hace es componerse
de días;
que es lóbrego mamífero y se peina...

Considerando
que el hombre procede suavemente del trabajo
y repercute jefe, suena subordinado;
que el diagrama del tiempo
es constante diorama en sus medallas
y, a medio abrir, sus ojos estudiaron,
desde lejanos tiempos,
su fórmula famélica de masa...

Comprendiendo sin esfuerzo
que el hombre se queda, a veces, pensando,
como queriendo llorar,
y, sujeto a tenderse como objeto,
se hace buen carpintero, suda, mata
y luego canta, almuerza, se abotona...

Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...

Examinando, en fin,
sus encontradas piezas, su retrete,
su desesperación, al terminar su día atroz, borrándolo...

Comprendiendo
que él sabe que le quiero,
que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeñito...

Le hago una seña,
viene,
y le doy un abrazo, emocionado.
Qué más da! Emocionado... Emocionado...

TENGO un miedo terrible de ser un animal
de blanca nieve, que sostuvo padre
y madre, con su sola circulación venosa,
y que, este día espléndido, solar y arzobispal,
día que representa así a la noche,
linealmente
elude este animal estar contento, respirar
y transformarse y tener plata.

Sería pena grande
que fuera yo tan hombre hasta ese punto.
Un disparate, una premisa ubérrima
a cuyo yugo ocasional sucumbe
el gonce espiritual de mi cintura.
Un disparate. . . En tanto,
es así, más acá de la cabeza de Dios,
en la tabla de Locke, de Bacon, en el lívido pescuezo
de la bestia, en el hocico del alma.

Y, en lógica aromática,
tengo ese miedo práctico, este día
espléndido, lunar, de ser aquél, éste tal vez,
a cuyo olfato huele a muerto el suelo,
el disparate vivo y el disparate muerto.

Oh revolcarse, estar, toser, fajarse,
fajarse la doctrina, la sien, de un hombro al otro,
alejarse, llorar, darlo por ocho
o por siete o por seis, por cinco o darlo
por la vida que tiene tres potencias.

G L E B A

CON afecto mundial de vela que se enciende,
el prepucio directo, hombres a golpes,
funcionan los labriegos a tiro de neblina,
con alabadas barbas,
pie práctico y reginas sinceras de los valles.

Hablan como les vienen las palabras,
cambian ideas bebiendo
orden sacerdotal de una botella;
cambian también ideas tras de un árbol, parlando
de escrituras privadas, de la luna menguante
y de los ríos públicos! (Inmenso! Inmenso! Inmenso!).

Función de fuerza
sorda y de zarza ardiendo,
paso de palo,
gesto de palo,
acápites de palo,
la palabra colgando de otro palo.

De sus hombros arranca, carne a carne, la herramienta florecida
de sus rodillas bajan ellos mismos por etapas hasta el cielo,
y, agitando
y

agitando sus faltas en forma de antiguas calaveras,
levantan sus defectos capitales con cintas,
su mansedumbre y sus
vasos sanguíneos, tristes, de jueces colorados.
Tienen su cabeza, su tronco, sus extremidades,
tienen su pantalón, sus dedos metacarpos y un palito;
para comer vistiéronse de altura
y se lavan la cara acariciándose con sólidas palomas.

Por cierto aquestos hombres
cumplen años en los peligros,
echan toda la frente en sus saluciones;
carecen de reloj, no se jactan jamás de respirar
y, en fin, suelen decirse: Allá, las putas, Luis Taboada, los
[ingleses;
allá ellos, allá ellos, allá ellos!

DE disturbio en disturbio
subes a acompañarme a estar solo;
yo lo comprendo andando de puntillas,
con un pan en la mano, un camino en el pie
y haciendo, negro hasta sacar espuma,
mi perfil su papel espeluznante.
Ya habías disparado para atrás tu violencia
neumática, otra época, mas luego
me sostienes ahora en brazo de honra fúnebre
y sostienes el rumbo de las cosas en brazo de honra fúnebre,
la muerte de las cosas resumida en brazo de honra fúnebre.

Pero, realmente y puesto
que tratamos de la vida,
cuando el hecho de entonces eche crin en tu mano,
al seguir tu rumor como regando,
cuando sufras en suma de kanguro,
olvidame, sosténme todavía, compañero de cantidad pequeña,
azotado de fechas con espinas,
olvidame y sosténme por el pecho,
jumento que te paras en dos para abrazarme;
duda de tu excremento unos segundos,
observa cómo el aire empieza a ser el cielo levantándose,
hombrecillo,
hombrezuelo,
hombre con taco, quiéreme, acompáñame...

Ten presente que un día
ha de cantar un mirlo de sotana
sobre mi tonelada ya desnuda.
(Cantó un mirlo llevando las cintas de mi gramo entre su pico).
Ha de cantar calzado de este sollozo innato,
hombre con taco,
y, simultánea, doloridamente,
ha de cantar calzado de mi paso,
y no oírlo, hombrezuelo, será malo,
será denuesto y hoja,
pesadumbre, trenza, humo quieto.

Perro parado al borde de una piedra
es el vuelo en su curva;
también tenlo presente, hombrón hasta arriba.
Te lo recordarán el peso bajo, de ribera adversa,
el peso temporal, de gran silencio,
más eso de los meses y aquello que regresa de los años.

VINIERE el malo, con un trono al hombro,
y el bueno, a acompañar al malo a andar;
dijeren "sí" el sermón, "no" la plegaria
y cortare el camino en dos la roca...

Comenzare por monte la montaña,
por remo el tallo, por timón el cedro
y esperaren doscientos a sesenta
y volviere la carne a sus tres títulos...

Sobrase nieve en la noción del fuego,
se acostare el cadáver a mirarnos,
la centella a ser trueno corpulento
y se arquearen los saurios a ser aves...
Faltare excavación junto al estiércol,
naufragio al río para resbalar,
cárcel al hombre libre, para serlo
una atmósfera al cielo, y hierro al oro...

Mostraren disciplina, olor, las fieras,
se pintare el enojo de soldado,
me dolieren el junco que aprendí,
la mentira que inféctame y socórreme...

Sucediere ello así y así poniéndolo
con qué mano despertar?

con qué pie morir?
con qué ser pobre?
con qué voz callar?
con cuánto comprender, y luego, a quién?

No olvidar ni recordar
que por mucho cerrarla robáronse la puerta,
y de sufrir tan poco estoy muy resentido,
y de tanto pensar, no tengo boca.

UN hombre está mirando a una mujer,
está mirándola inmediatamente,
con su mal de tierra suntuosa
y la mira a dos manos
y la tumba a dos pechos
y la mueve a dos hombros.

Pregúntome entonces, oprimiéndome
la enorme, blanca, acérrima costilla:
Y este hombre
no tuvo a un niño por creciente padre?
Y esta mujer, a un niño
por constructor de su evidente sexo?

Puesto que un niño veo ahora,
niño ciempiés, apasionado, enérgico:
veo que no le ven
sonarse entre los dos, colear, vestirse;
puesto que los acepto,
a ella en condición aumentativa,
a él en la flexión del heno rubio.

Y exclamo entonces, sin cesar ni uno
de vivir, sin volver ni uno
a temblar en la justa que venero:
Felicidad seguida

tardíamente del Padre,
del Hijo y de la Madre!
Instante redondo,
familiar, que ya nadie siente ni ama!
De qué deslumbramiento áfono, tinto,
se ejecuta el cantar de los cantares!
De qué tronco, el florido carpintero!
De qué perfecta axila, el frágil remo!
De qué casco, ambos cascos delanteros!

TRASPIE ENTRE DOS ESTRELLAS

HAY gentes tan desgraciadas, que ni siquiera
tienen cuerpo; cuantitativo el pelo,
baja, en pulgadas, la genial pesadumbre;
el modo, arriba;
no me busques, la muela del oído,
parecen salir del aire, sumar suspiros mentalmente, oír
claros azotes en sus palabras.

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte de hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.
Ay de tanto! ay de tan poco! ay de ellas!
Ay en mi cuarto, oyéndolas con lentes!
Ay en mi tórax, cuando compran trajes!
Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!

Amadas sean las orejas sánchez,
amadas las personas que se sientan.
amado el desconocido y su señora,
el prójimo con mangas, cuello y ojos!

Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,

el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,
el que se coge un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, el que parece un loro,
el que parece un hombre, el pobre rico,
el puro miserable, el pobre pobre!

Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con qué saciar toda su sed,
ni sed con qué saciar todas sus hambres!

Amado sea el que trabaja al día, al mes, a la hora,
el que suda de pena o de vergüenza,
aquel que va, por orden de sus manos, al cinema,
el que paga con lo que le falta,
el que duerme de espaldas,
el que ya no recuerda su niñez; amado sea
el calvo sin sombrero,
el justo sin espinas,
el ladrón sin rosas,
el que lleva reloj y ha visto a Dios,
el que tiene un honor y no fallece!

Amado sea el niño, que cae y aún llora
y el hombre que ha caído y ya no llora.

Ay de tanto! Ay de tan poco! Ay de ellos!

DE puro calor tengo frío,
hermana Envidia!
Lamen mi sombra leones
y el ratón me muerde el nombre,
madre alma mía!

Al borde del fondo voy,
cuñado Vicio!
La oruga tañe su voz,
y la voz tañe su oruga,
padre cuerpo mío!

Está de frente mi amor,
nieta Paloma!
De rodillas, mi terror
y de cabeza, mi angustia,
madre alma mía!

Hasta que un día sin dos,
esposa Tumba,
mi último hierro dé el son
de una víbora que duerme,
padre cuerpo mío...!

TELURICA Y MAGNETICA

Mecánica sincera y peruanísima
la del cerro colorado!
Suelo teórico y práctico!

Surcos inteligentes; ejemplo: el monolito y su cortejo!
Papales, cebadales, alfalfares, cosa buena!
Cultivos que integra una asombrosa jerarquía de útiles
y que integran con viento los mugidos,
las aguas con su sorda antigüedad!

Cuaternarios maíces, de opuestos natalicios,
los oigo por los pies cómo se alejan,
los huelo retornar cuando la tierra
tropieza con la técnica del cielo!
Molécula exabrupta! Atomo terso!

Oh campos humanos!
Solar y nutricia ausencia de la mar,
y sentimiento oceánico de todo!
Oh climas encontrados dentro del oro, listos!
Oh campo intelectual de cordillera,
con religión, con campo con patitos!
Paquidermos en prosa cuando pasan

y en verso cuando páranse!
Roedores que miran con sentimiento judicial en torno!
Oh patrióticos asnos de mi vida!
Vicuña, descendiente nacional y graciosa de mi mono!
Oh luz que dista apenas un espejo de la sombra,
que es vida con el punto y, con la línea, polvo
y que por eso acato, subiendo por la idea a mi osamenta!

Siega en época de dilatado molle,
del farol que colgaron de la sien
y del que descolgaron de la barreta espléndida!
Angeles de corral,
aves por un descuido de la cresta!
Cuya o cuy para comerlos fritos
con el bravo roçoto de los templos!
(Cóndores? Me friegan los cóndores!)
Leños cristianos en gracia
al tronco feliz y al tallo competente!
Familiar de los líquenes,
especies en formación que yo
respeto
desde este multísimo papel!
Cuatro operaciones, os sustraigo
para salvar al roble y hundirlo en buena ley!
Cuestas su infraganti!
Auquénidos llorosos, almas mías!
Sierra de mi Perú, Perú del mundo,
y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!
Estrellas matutinas si os aromo
quemando hojas de coca en este cráneo,
y cenitales, si destapo,
de un solo sombrero, mis diez templos!
Brazo de siembra, bájate, y a pie!
Lluvia a base del mediodía,

bajo el techo de tejas donde muerde
la infatigable altura
y la tórtola corta en tres su trino.
Rotación de tardes modernas
y finas madrugadas arqueológicas.
Indio después del hombre y antes de él!
Lo entiendo todo en dos flautas
y me doy a entender en una quena!
Y los demás, me las pelan!...

HOY le ha entrado una astilla.
Hoy le ha entrado una astilla cerca, dándole
cerca, fuerte, en su modo
de ser y en su centavo ya famoso.
Le ha dolido la suerte mucho,
todo;
le ha dolido la puerta,
le ha dolido la faja, dándole
sed, aflicción
y sed del vaso pero no del vino.
Hoy le salió a la pobre vecina del aire,
a escondidas, humareda de su dogma;
hoy le ha entrado una astilla.

La inmensidad persíguela
a distancia superficial, a un vasto eslabonazo.
Hoy le salió a la pobre vecina del viento,
en la mejilla, norte, y en la mejilla, oriente;
hoy le ha entrado una astilla.

Quien comprará, en los días percederos, ásperos,
un pedacito de café con leche,
y quién, sin ella, bajará a su rastro hasta dar luz?
Quién será, luego, sábado, a las siete?
Tristes son las astillas que le entran
a uno,

exactamente ahí precisamente!
Hoy le entró a la pobre vecina de viaje
una llama apagada en el oráculo;
hoy le ha entrado una astilla.
Le ha dolido el dolor, el dolor joven,
el dolor niño, el dolorazo, dándole
en las manos
y dándole sed, aflicción
y sed del vaso, pero no del vino.
La pobre pobrecita!

PIEDRA NEGRA
SOBRE UNA PIEDRA BLANCA

ME moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
talvez un jueves, como es hoy^a de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos. .

DOS NIÑOS ANHELANTES

NO. No tienen tamaño sus tobillos; no es su espuela
suavísima que da en las dos mejillas.
Es la vida no más, de bata y yugo.
No. No tiene plural su carcajada,
ni por haber salido de un molusco perpetuo, aglutinante,
ni por haber entrado al mar descalza,
es la que piensa y marcha, es la finita.
Es la vida no más; sólo la vida.

Lo sé, lo intuyo cartesiano, autómeta,
moribundo, cordial, en fin, espléndido.
Nada hay
sobre la ceja cruel de su esqueleto;
nada, entre lo que dio y tomó con guante
la paloma, y con guante,
la eminente lombriz aristotélica;
nada delante ni detrás del yugo;
nada de mar en el océano
y nada
en el orgullo grave de la célula.
Sólo la vida; así: cosa bravísima.

Plenitud inextensa,
alcance abstracto, venturoso, de hecho,
glacial y arrebatado, de la llama;

freno del fondo, rabo de la forma.
Pero aquello
para lo cual nací ventilándome
y crecí con afecto y drama propios,
mi trabajo rehúsalo,
mi sensación y mi arma lo involucran.
Es la vida y no más, fundada, escénica.

Y por este rumbo,
su serie de órganos extingue mi alma
y por este indecible, endemoniado cielo,
mi maquinaria da silbidos técnicos,
paso la tarde en la mañana triste
y me esfuerzo, palpito, tengo frío.

DULURA por dulzura corazona!
Dulzura a gajos, eras de vista,
esos abiertos días, cuando monté por árboles caídos!
Así por tu paloma palomita,
por tu oración pasiva,
andando entre tu sombra y el gran tesón corpóreo de tu sombra.
Debajo de ti y yo,
tú y yo, sinceramente,
tu candado ahogándose de llaves,
yo ascendiendo y sudando
y haciendo lo infinito entre tus muslos.
(El hotelero es una bestia,
sus dientes, admirables; yo controlo
el orden pálido de mi alma:
señor, allá distante... paso paso... adiós, señor...).

Mucho pienso en todo esto conmovido, perduroso
y pongo tu paloma a la altura de tu vuelo
y, cojeando de dicha, a veces,
repósome a la sombra de ese árbol arrastrado.

Costilla de mi cosa,
dulzura que tú tapas sonriendo con tu mano;
tu traje negro que se habrá acabado,
amada, amada en masa,
qué unido a tu rodilla enferma!

Simple ahora te veo, te comprendo avergonzado
en Letonia, Alemania, Rusia, Bélgica, tu ausente,
tu portátil ausente,
hombre convulso de la mujer temblando entre sus vínculos.

Amada en la figura de tu cola irreparable,
amada que yo amara con fósforos floridos,
quan on a la vie et la jeunesse,
c'est déja tellement!

Cuando ya no haya espacio
entre tu grandeza y mi postrer proyecto,
amada,
volveré a tu media, has de besarme,
bajando por tu media repetida,
tu portátil ausente, dile así...

ANDE desnudo, en peio, el millonario!
Desgracia al que edifica con tesoros su lecho de muerte!
Un mundo al que saluda:
un sillón al que siembra en el cielo;
llanto al que da término a lo que hace, guardando los comienzos;
ande el de las espuelas;
poco dure muralla en que no crezca otra muralla;
dése al mísero toda su miseria,
pan, al que ríe;
hayan perder los triunfos y morir los médicos;
haya leche en la sangre;
añádase una vela al sol,
ochocientos al veinte;
pase la eternidad bajo los puentes!
Desdén al que viste,
corónense los pies de manos, quepan en su tamaño;
siéntese mi persona junto a mí!
Llorar al haber cabido en aquel vientre.
bendición al que mira aire en el aire,
muchos años de clavo al martillazo;
desnúdese el desnudo,
vístase de pantalón la capa,
fulja el cobre a expensas de sus láminas,
majestad al que cae de la arcilla al universo,
lloren las bocas, giman las miradas,
impídase al acero perdurar,

hilo a los horizontes portátiles,
doce ciudades al sendero de piedra,
una esfera al que juega con su sombra;
un día hecho de una hora, a los esposos;
una madre al arado en loor al suelo,
séllese con dos sellos a los líquidos,
pase lista el bocado,
sean los descendientes,
sea la codorniz,
sea la carrera del álamo y del árbol;
venzan, al contrario del círculo, el mar a su hijo
y a la cana el lloro;
dejad los áspides, señores hombres,
surcad la llama con los siete leños,
vivid,
elévase la altura,
baje el hondor más hondo,
conduzca la onda su impulsión andando,
tenga éxito la tregua de la bóveda!
Muramos;
lavad vuestro esqueleto cada día;
no me hagáis caso,
una ave coja al déspota y a su alma;
una mancha espantosa, al que va solo;
gorriones al astrónomo, al gorrión, al aviador!
Lloved, solead,
vigilad a Júpiter, al ladrón de ídolos de oro,
copiad vuestra letra en tres cuadernos,
aprended de los cónyuges cuando hablan, y
de los solitarios, cuando callan;
dad de comer a los novios,
dad de beber al diablo en vuestras manos,
luchad por la justicia con la nuca,
igualaos,

cúmplase el roble,
cúmplase leopardo entre dos robles,
seamos,
estemos,
sentid cómo navega el agua en los océanos,
alimentaos,
concíbase el error, puesto que lloro,
acéptese, en tanto suban por el risco, las cabras y sus crías;
desacostumbrad a Dios a ser un hombre,
creced...!
me llaman. Vuelvo.

AL revés de las aves del monte,
que viven del valle,
aquí, una tarde,
aquí, presa, metaloso, terminante,
vino el Sincero con sus nietos pérfidos,
y nosotros quedámonos, que no hay
más madera en la cruz de la derecha,
ni más hierro en el clavo de la izquierda,
que un apretón de manos entre zurdos.

Vino el Sincero, ciego, con sus lámparas.
Se vio al Pálido, aquí, bastar
al Encarnado;
nació de puro humilde el Grande;
la guerra,
esta tórtola mía, nunca nuestra,
diseñóse, borróse, ovó, matáronla.

Llevóse el Ebrio al labio un roble, porque
amaba, y una astilla
de roble, porque odiaba;
trenzáronse las trenzas de los potros
y la crin de las potencias;
cantaron los obreros; fui dichoso.

El Pálido abrazóse al Encarnado
y el Ebrio, saludónos, escondiéndose.
Como era aquí y al terminar el día,

qué más tiempo que aquella plazoleta!
qué año mejor que esa gente!
qué momento más fuerte que ese siglo!
Pues de lo que hablo no es
sino de lo que pasa en esta época, y
de lo que ocurre en China y en España, y en el mundo.

(Walt Whitman tenía un pecho suavísimo y respiraba
[y nadie sabe lo que él hacía cuando
[lloraba en su comedor).

Pero, volviendo a lo nuestro,
y al verso que decía, fuera entonces
que vi que el hombre es malnacido,
mal vivo, mal muerto, mal moribundo,
y, naturalmente,
el tartufo sincero desesperase,
el pálido (es el pálido de siempre)
será pálido por algo,
y el ebrio, entre la sangre humana y la leche animal,
abátese, da, y opta por marcharse.

Todo esto
agítase, ahora mismo,
en mi vientre de macho extrañamente.

EL ALMA QUE SUFRIO DE SER SU CUERPO

TU sufres de una glándula endocrínica, se ve,
o, quizá,
sufres de mí, de mi sagacidad escueta, tácita.
Tú padeces del diáfano antropeide, allá, cerca,
donde está la tiniebla tenebrosa.
Tú das vuelta al sol, agarrándote el alma,
extendiendo tus juanes corporales
y ajustándote el cuello; eso se ve.
Tú sabes lo que te duele,
lo que te salta al anca,
lo que baja por ti con sogas al suelo.
Tú, pobre hombre, vives; no lo niegues,
si mueres; no lo niegues,
si mueres de tu edad ¡ay! y de tu época.
Y, aunque llores, bebes,
y, aunque sangres, alimentas a tu híbrido colmillo,
a tu vela tristonas y a tus partes.
Tú sufres, tú padeces y tú vuelves a sufrir horriblemente,
desgraciado mono,
jovencito de Darwin,

alguacil que me atisbas, atrocísimo microbio.

Y tú lo sabes a tal punto,
que lo ignoras, soltándote a llorar.

Tú, luego, has nacido; eso
también se ve de lejos, infeliz y cállate,
y soportas la calle que te dio la suerte
a tu ombligo interrogas: dónde? cómo?

Amigo mío, estás completamente,
hasta el pelo, en el año treinta y ocho,
nicolás o santiago, tal o cual,
estés contigo o con tu aborto o con-

migo
y cautivo en tu enorme libertad,
arrastrado por tu hércules autónomo...

Pero si tú calculas en tus dedos hasta dos,
es peor; no lo niegues, hermanito.

Que no? Que sí, pero que no?

Pobre mono!... Dame la pata!... No. La mano, he dicho.

Salud! Y sufre!

UN hombre pasa con un pan al hombro.
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila, mátao.
Con qué valor hablar del psicoanálisis?

Otro ha entrado a mi pecho con un palo en la mano
Hablar luego de Sócrates al médico?

Un cojo pasa dando el brazo a un niño
Voy, después, a leer a André Bretón?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras
Cómo escribir, después, del infinito?

Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza
Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

Un comerciante roba un gramo en el peso a un cliente
Hablar, después, de cuarta dimensión?

Un banquero falsea su balance
con qué cara llorar en el teatro?

Un paria duerme con el pie a la espalda
Hablar, después, a nadie de Picasso?

Alguien va en un entierro sollozando
Cómo luego ingresar a la Academia?

Alguien limpia un fusil en su cocina
Con qué valor hablar del más allá?

Alguien pasa contando con sus dedos
Cómo hablar del no-yo sin dar un grito?

OTRO poco de calma, camarada;
un mucho inmenso, septentrional, completo,
feroz, de calma chica,
al servicio menor de cada triunfo
y en la audaz servidumbre del fracaso.

Embriaguez te sobra, y no hay
tanta locura en la razón, como este,
tu raciocinio muscular, y no hay
más racional error que tu experiencia.

Pero, hablando más claro
y pensándolo en oro, eres de acero,
a condición que no seas
tonto y rehuses
entusiasmarte por la muerte tanto
y por la vida, con tu sola tumba.

Necesario es que sepas
contener tu volumen sin correr, sin afligirte,
tu realidad molecular entera
y más allá, la marcha de tus vivas
y más acá, tus mueras legendarios.

Eres de acero, como dicen,
con tal que no tiembles y no vayas

a reventar, compadre
de mi cálculo, enfático, ahijado
de mis sales luminosas!
Anda, no más; resuelve,
considera tu crisis, suma, sigue,
tájala, bájala, ájala;
el destino, las energías íntimas, los catorce
versículos del pan; cuántos diplomas
y poderes, al borde fehaciente de tu arranque!

Cuánto detalle en síntesis, contigo!
Cuánta presión idéntica, a tus pies!
Cuánto rigor y cuánto patrocinio!

Es idiota
ese método de padecimiento,
esa luz modulada y virulenta,
si con sólo la calma haces señales
serias, características fatales.

Vamos a ver hombre;
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes.

ACABA de pasar el que vendrá
proscrito, a sentarse en mi triple desarrollo;
acaba de pasar criminalmente.

Acaba de sentarse más acá,
a un cuerpo de distancia de mi alma,
el que vino en un asno a enflaquecerme;
acaba de sentarse de pie, lívido.

Acaba de darme lo que está acabado,
el calor del fuego y el pronombre inmenso
que el animal crió bajo su cola.

Acaba
de expresarme su duda sobre hipótesis lejanas
que él aleja, aún más, con la mirada.

Acaba de ponerme (no hay primera)
en virtud del infame paquidermo,
por lo soñado en mí y en él matado.

Aacaba de ponerme (no hay primera)
su segunda aflicción en plenos lomos
y su tercer sudor en plena lágrima.

Acaba de pasar sin haber venido.

YUNTAS

COMPLETAMENTE. Además, ¡vida!
Completamente. Además, muerte!

Completamente. Además, todo!
Completamente. Además, nada!

Completamente. Además, mundo!
Completamente. Además, polvo!

Completamente. Además, Dios!
Completamente. Además, nadie!

Completamente. Además, nunca!
Completamente. Además, siempre!

Completamente. Además, oro!
Completamente. Además, humo!

Completamente. Además, lágrimas!
Completamente. Además, risas! . . .

Completamente!

PALMAS Y GUITARRAS

AHORA, entre nosotros, aquí,
ven conmigo, trae por la mano a tu cuerpo
y cenemos juntos y pasemos un instante la vida
a dos vidas y dando una parte a nuestra muerte.
Ahora, ven contigo, hazme el favor
de quedarte en mi nombre y a la luz de la noche tenebrosa
en que traes a tu alma de la mano
y huimos en puntillas de nosotros.

Ven a mí, sí, y a ti, sí,
con paso par, a vernos a los dos con paso impar,
marcar el paso de la despedida.
Hasta cuando volvamos! Hasta la vuelta!
Hasta cuando leamos, ignorantes!
Hasta cuando volvamos, despedámonos!

Qué me importan los fusiles,
escúchame;
escúchame, qué impórtanme,
si la bala circula ya en el rango de mi firma?
Qué te importan a ti las balas,
si el fusil está humeando ya en tu olor?
Hoy mismo pesaremos

en los brazos de un ciego nuestra estrella
y, una vez que me cantes, lloraremos.
Hoy mismo, hermosa, con tu paso par
y tu confianza a que llegó mi alarma,
saldremos de nosotros, dos a dos.
Hasta cuando seamos ciegos!
Hasta
que lloremos de tanto volver!

Ahora,
entre nosotros, trae
por la mano a tu dulce personaje
y cenemos juntos y pasemos un instante la vida
a dos vidas y dando una parte a nuestra muerte.
Ahora, ven contigo, hazme el favor
de cantar algo —
y de tocar en tu alma, haciendo palmas.
Hasta cuando volvamos! Hasta entonces!
Hasta cuando partamos, despedámonos!

POEMA PARA SER LEIDO Y CANTADO

SE que hay una persona
que me busca en su mano, día y noche,
encontrándome, a cada minuto, en su calzado.
Ignora que la noche está enterrada
con espuelas detrás de la cocina?

Sé que hay una persona compuesta de mis partes,
a la que integro cuando va mi talle
cabalgando en su exacta piedrecilla.
Ignora que a su cofre
no volverá moneda que salió con su retrato?

Sé el día,
pero el sol se me ha escapado;
sé el acto universal que hizo en su cama
con ajeno valor y esa agua tibia, cuya
superficial frecuencia es una mina.
Tan pequeña es, acaso, esa persona,
que hasta sus propios pies así la pisan?

Un gato es el lindero entre ella y yo,
al lado mismo de su taza de agua.
La veo en las esquinas, se abre y cierra

su veste, antes palmera interrogante...
Qué podrá hacer sino cambiar de llanto?

Pero me busca y busca. Es una historia!

ME viene, hay días, una gana ubérrima, política,
de querer, de besar al cariño en sus dos rostros,
y me viene de lejos un querer
demostrativo, otro querer amar, de grado o fuérza,
al que me odia, al que rasga su papel, al muchachito,
a la que llora por el que lloraba,
al rey del vino, al esclavo del agua,
al que ocúltose en su ira,
al que suda, al que pasa, al que sacude su persona en mi alma.
Y quiero, por lo tanto, acomodarle
al que me habla, su trenza; sus cabellos, al soldado;
su luz, al grande; su grandeza, al chico.
Quiero planchar directamente
un pañuelo al que no puede llorar
y, cuando estoy triste o me duele la dicha,
remendar a los niños y a los genios.

Quiero ayudar al bueno a ser un poquillo de malo
y me urge estar sentado
a la diestra del zurdo, y responder al mudo,
tratando de serle útil en
lo que puedo, y también quiero muchísimo
lavarle al cojo el pie,
y ayudarle a dormir al tuerto próximo.

Ah querer, éste, el mío, éste, el mundial,
interhumano y parroquial, provector!
Me viene al pelo,
desde el cimientó, desde la ingle pública,
y, viniendo de lejos, da ganas de besarle
la bufanda al cantor,
y al que sufre, besarle en su sartén,
al sordo, en su rumor craneano, impávido;
al que me da lo que olvidé en mi seno,
en su Dante, en su Chaplin, en sus hombros.

Quiero, para terminar,
cuando estoy al borde célebre de la violencia
o lleno de pecho el corazón, querría
ayudar a reír al que sonríe,
ponerle un pajarillo al malvado en plena nuca,
cuidar a los enfermos enfadándolos,
comprarle al vendedor,
ayudarle a matar al matador —cosa terrible—
y quisiera yo ser bueno conmigo
en todo.

ESTO

sucedió entre dos párpados; temblé
en mi vaina, colérico, alcalino,
parado junto al lúbrico equinoccio,
al pie del frío incendio en que me acabo.

Resbalón alcalino, voy diciendo,
más acá de los ajos, sobre el sentido almíbar,
más adentro, muy más, de las herrumbres,
al ir el agua y al volver la ola.

Resbalón alcalino
también y grandemente, en el montaje colosal del cielo.

Qué venablos y arpones lanzaré, si muero
en mi vaina; daré en hojas de plátano sagrado
mis cinco huesecillos subalternos,
y en la mirada, la mirada misma!
(Dicen que en los suspiros se edifican
entonces acordeones óseos, táctiles;
dicen que cuando mueren así los que se acaban,
ay! mueren fuera del reloj, la mano
agarrada a un zapato solitario).

Comprendiéndolo y todo, coronel
y todo, en el sentido llorante de esta voz,

me hago doler yo mismo, extraigo tristemente,
por la noche, mis uñas;
luego no tengo nada y hablo solo,
reviso mis semestres
y para henchir mi vértebra, me toco.

QUEDEME a calentar la tinta en que me ahogo
y a escuchar mi caverna alternativa,
noches de tacto, días de abstracción.

Se estremeció la incógnita en mi amígdala
y crují de una anual melancolía,
noches de sol, días de luna, ocasos de París.

Y todavía, hoy mismo, al atardecer,
digiero sacratísimas constancias,
noches de madre, días de biznieta
bicolor, voluptuosa, urgente, linda.

Y aún
alcanzo, llego hasta mí en avión de dos asientos,
bajo la mañana doméstica y la bruma
que emergió eternamente de un instante.

Y todavía,
aún ahora,
al cabo del cometa en que he ganado
mi bacilo feliz y doctoral,
he aquí que caliente, oyente, tierra, sol y luna,
incógnito atravieso el cementerio,
tomo a la izquierda, hiendo

ya yerba con un par de endecasílabos,
años de tumba, litros de infinito,
tinta, pluma, ladrillos y perdones.

LOS DESGRACIADOS

YA va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho.
Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona,
antes de meditar, pues es horrible
cuando le cae a uno la desgracia
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero, me digo,
no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
remiéndate, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.

Ya va a venir el día; pasan,
han abierto en el hotel un ojo,
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...
tiembas? Es el estado remoto de la frente
y la nación reciente del estómago.

Roncan aún! . . . Qué universo se lleva este ronquido!
Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!
Con cuántos doses, ay! estás tan solo!
Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito
por el órgano oral de tu silencio
y urge tomar la izquierda con el hambre
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,
abstente de ser pobre con los ricos,
atiza
tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.
Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

Ya va a venir el día;
la mañana, la mar, el meteoro, van
en pos de tu cansancio, con banderas,
y, por tu orgullo clásico, las hienas
cuentan sus pasos al compás del asno,
la panadera piensa en ti,
el carnicero piensa en ti, palpando
el hacha en que están presos
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides
que durante la misa no hay amigos.
Ya va a venir el día, ponte el sol.

Ya viene el día; dobla
el aliento, triplica
tu bondad rencorosa
y da codos al miedo, nexo y énfasis,
pues tú, como se observa en tu entrepierna y siendo
el malo, ay! inmortal,
has soñado esta noche que vivías
de nada y morías de todo. . .

PARADO en una piedra,
desocupado,
astroso, espeluznante,
a la orilla del Sena, va y viene.
Del río brota entonces la conciencia,
con pecíolo y rasguños de árbol ávido;
del río sube y baja la ciudad, hecha de lobos abrazados.

El parado la ve yendo y viniendo,
monumental, llevando sus ayunos en la cabeza cóncava,
en el pecho sus piojos purísimos
y abajo
su pequeño sonido, el de su pelvis,
callado entre dos grandes decisiones,
y abajo,
más abajo,
un papelito, un clavo, una cerilla...

Este es, trabajadores, aquel
que en la labor sudaba para afuera,
que suda hoy para adentro su secreción de sangre rehusada!
Fundidor del cañón, que sabe cuántas zarpas son acero,
tejedor que conoce los hilos positivos de sus venas,
albañil de pirámides,
constructor de descensos por columnas
serenas, por fracasos triunfales,

parado individual entre treinta millones de parados,
andante en multitud,
qué salto el retratado en su talón
y qué ayuno el de su boca ayuna, y cómo
su talle incide, canto a canto, en su herramienta atroz, parada,
y qué idea de dolorosa válvula en su pómulo!

También parado el hierro frente al horno,
paradas las semillas con sus sumisas síntesis al aire,
parados los petróleos conexos,
parada en sus auténticos apóstrofes la luz,
parados de crecer los laureles,
paradas en un pie las aguas móviles
y hasta la tierra misma, parada de estupor ante este paro.
Qué salto el retratado en sus tendones!
qué transmisión entablan sus cien pasos!
cómo chilla el motor en su tobillo!
cómo gruñe el reloj, paseándose impaciente a sus espaldas!
cómo oye deglutir a los patrones
el trago que le falta, camaradas,
y el pan que se equivoca de saliva,
y, oyéndolo, sintiéndolo, en plural, humanamente,
cómo clava el relámpago
su fuerza sin cabeza en su cabeza!
y lo que hacen, abajo, entonces, ay!
más abajo, camaradas,
el papelucho, el clavo, la cerilla,
el pequeño sonido, el piojo padre!

ANIVERSARIO

CUANTO catorce ha habido en la existencia!
Qué créditos con bruma en una esquina!
Qué diamante sintético, el del casco!
Cuánta más dulcedumbre
a lo largo, más honda superficie:
cuánto catorce ha habido en tan poco uno!

Qué deber,
qué cortar y qué tajo,
de memoria a memoria, en la pestaña!
Cuánto más amarillo, más granate!
Cuánto catorce en un solo catorce!

Acordeón de la tarde, en esa esquina,
piano de la mañana, aquella tarde;
clarín de carne,
tambor de un solo palo,
guitarra sin cuarta, cuánta quinta,
y cuánta reunión de amigos tontos
y qué nido de tigres el tabaco!
Cuánto catorce ha habido en la existencia!

Qué te diré ahora,
quince feliz, ajeno, quince de otros?
Nada más que no crece ya el cabello,
que han venido por las cartas,
que me brillan los seres que he parido,
que no hay nadie en mi tumba
y que me han confundido con mi llanto!

Cuánto catorce ha habido en la existencia!

LA vida, esta vida
me placía, su instrumento, esas palomas...
Me placía escucharlas gobernarse en lontananza,
advenir naturales, determinado el número,
y ejecutar, según sus aflicciones, sus dianas de animales.

Encogido,
oí desde mis hombros
su sosegada producción,
cabe los albañales sesgar sus trece huesos,
dentro viejo tornillo hincharse el plomo.
Sus paujiles picos,
pareadas palomitas,
las próbidas, hojeándose los hígados,
sobrinas de la nube... Vida! Vida! Esta es la vida!

Zurear su tradición rojo les era,
rojo moral, palomas vigilantes,
talvez rojo de herrumbre,
si caían entonces azulmente.

Su elemental cadena,
sus viajes de individuales pájaros viajeros,
echaron humo denso,
pena física, pórtico influyente.

Palomas saltando, indelebles
palomas olorosas,
manferidas venían, advenían
por azarosas vías digestivas,
a contarme sus cosas fosforosas,
pájaros de contar,
pájaros transitivos y orejones...

No escucharé ya más desde mis hombros
huesudo, enfermo, en cama,
ejecutar sus dianas de animales... Me doy cuenta.

PANTEON

HE visto ayer sonidos generales,
mortuoriamente,
puntualmente alejarse,
cuando oí desprenderse del ocaso
tristemente,
exactamente un arco, un arcoiris.

Vi el tiempo generoso del minuto,
infinitamente
atado locamente al tiempo grande
pues que estaba la hora
suavemente,
premiosamente henchida de dos horas.

Dejóse comprender, llamar, la tierra
terrenalmente;
negóse brutalmente así a mi historia,
y si vi, que me escuchen, pues, en bloque,
si toqué esta mecánica, que vean
lentamente,
despacio, vorazmente, mis tinieblas.

Y si vi en la lesión de la respuesta,
claramente,

la lesión mentalmente de la incógnita,
si escuché, si pensé en mis ventanillas
nasales, funerales, temporales,
fraternalmente,
piadosamente echadme a los filósofos.

Mas no más inflexión precipitada
en canto llano, y no más
el hueso colorado, el son del alma
tristemente
erguida ecuestremente en mi espinazo,
ya que, en suma, la vida es
implacablemente,
imparcialmente horrible, estoy seguro.

ALTURA Y PELOS

QUIEN no tiene su vestido azul?
Quién no almuerza y no toma el tranvía,
con su cigarrillo contratado y su dolor de bolsillo?
Yo que tan sólo he nacido!
Yo que tan sólo he nacido!

Quién no escribe una carta?
Quién no habla de un asunto muy importante,
muriendo de costumbre y llorando de oído?
Yo que solamente he nacido!
Yo que solamente he nacido!

Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?
Quién al gato no dice gato gato?
Ay! yo que sólo he nacido solamente!
Ay! yo que sólo he nacido solamente!

QUÉ me da, que me azoto con la línea
y creo que me sigue, al trote, el punto?

Qué me da, que me he puesto
en los hombros un huevo en vez de un manto?

Qué me ha dado, que vivo?
Qué me ha dado, que muero?

Qué me da, que tengo ojos?
Qué me da, que tengo alma?

Qué me da, que se acaba en mí mi prójimo
y empieza en mi carrillo el rol del viento?

Qué me ha dado, que cuento mis dos lágrimas,
sollozo tierra y cuelgo el horizonte?

Qué me ha dado, que lloro de no poder llorar
y río de lo poco que he reído?

Qué me da, que ni vivo ni muero?

OYE a tu masa, a tu cometa, escúchalos; no gimas
de memoria, gravísimo cetáceo;
oye a la túnica en que estás dormido,
oye a tu desnudez, dueña del sueño.

Relátate agarrándote
de la cola del fuego y a los cuernos
en que acaba la crin su atroz carrera;
rómpete, pero en círculos;
fórmate, pero en columnas combas;
describete atmosférico, ser de humo,
a paso redoblado de esqueleto.

La muerte? Opónle todo tu vestido!
la vida? Opónle parte de tu muerte!
Bestia dichosa, piensa;
dios desgraciado, **quítate** la frente.
Luego, **hablaremos**.

Y Si después de tantas palabras,
no sobrevive la palabra!
Si después de las alas de los pájaros,
no sobrevive el pájaro parado!
Más valdría, en verdad,
que se lo coman todo y acabemos!

Haber nacido para vivir de nuestra muerte!
Levantarse del cielo hacia la tierra
por sus propios desastres
y espiar el momento de apagar con su sombra su tiniebla!
Más valdría, francamente,
que se lo coman todo y qué más da! . . .

Y si después de tanta historia, sucumbimos,
no ya de eternidad,
sino de esas cosas sencillas, como estar
en la casa o ponerse a cavilar!
Y si luego encontramos,
de buenas a primeras, que vivimos,
a juzgar por la altura de los astros,
por el peine y las manchas del pañuelo!
Más valdría, en verdad,
que se lo coman todo, desde luego!

Se dirá que tenemos
en uno de los ojos mucha pena
y también en el otro, mucha pena
y en los dos, cuando miran, mucha pena...
Entonces!... Claro!... Entonces!... ni palabra!

SOMBRERO, ABRIGO, GUANTES

ENFRENTÉ a la Comedia Francesa, está el Café
de la Regencia; en él hay una pieza
recóndita, con una butaca y una mesa.
Cuando entro, el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie.

Entre mis labios hechos de jebe, la pavesa
de un cigarrillo humea, y en el humo se ve
dos humos intensivos, el tórax del Café,
y en el tórax, un óxido profundo de tristeza.

Importa que el otoño se injerte en los otoños,
importa que el otoño se integre de retoños,
la nube, de semestres; de pómulos, la arruga.

Importa oler a loco postulando
qué cálida es la nieve, qué fugaz la tortuga,
el cómo qué sencillo, qué fulminante el cuándo!

GUITARRA

EL placer de sufrir, de odiar, me tiñe
la garganta con plásticos venenos,
mas la cerda que implanta su orden mágico,
su grandeza taurina, entre la prima
y la sexta
y la octava mendaz, las sufre todas.

El placer de sufrir. . . Quién? a quién?
quién, las muelas? a quién la sociedad,
los carburos de rabia de la encía?
Cómo ser
y estar, sin darle cólera al vecino?

Vales más que mi número, hombro solo,
y valen más que todo el diccionario,
con su prosa en verso,
con su verso en prosa,
tu función águila,
tu mecanismo tigre, blando prójimo.

El placer de sufrir,
de esperar esperanzas en la mesa,
el domingo con todos los idiomas,

el sábado con horas chinas, belgas,
la semana, con dos escupitajos.

El placer de esperar en zapatillas,
de esperar encogido tras de un verso,
de esperar con pujanza y mala saña;
el placer de sufrir; zurdazo de hembra
muerta con una piedra en la cintura
y muerta entre la cuerda y la guitarra,
llorando días y cantando meses.

A LO mejor, soy otro; andando, al alba, otro que marcha
en torno a un disco largo, a un disco elástico:
mortal, figurativo, audaz diafragma.

A lo mejor, recuerdo al esperar, anoto mármoles
donde índice escarlata, y donde catre de bronce,
un zorro ausente, espúreo, enojadísimo.

A lo mejor, hombre al fin,
las espaldas ungidas de añil misericordia,
a lo mejor, me digo, más allá no hay nada.

Me da la mar el disco, refiriéndolo,
con cierto margen seco, a mi garganta;
nada, en verdad, más ácido, más dulce, más kantiano!

Pero sudor ajeno, pero suero
o tempestad de mansedumbre,
decaendo o subiendo, eso, jamás!
Echado, fino, exhúmome,
tumefacta la mezcla en que entro a golpes,
sin piernas, sin adulto barro, ni armas,
una aguja prendida en el gran átomo...
No! Nunca! Nunca ayer! Nunca después!

Y de ahí este tubérculo satánico,
esta muela moral de plesiosaurio
y estas sospechas póstumas,
este índice, esta cama, estos boletos.

EL LIBRO DE LA NATURALEZA

PROFESOR de sollozo —he dicho a un árbol—
palo de azogue, tilo
rumoreante, a la orilla del Marne, un buen alumno
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,
entre el agua evidente y el sol falso,
su tres de copas, su caballo de oros.

Rector de los capítulos del cielo,
de la mosca ardiente, de la calma manual que hay en los
[asnos;
rector de honda ignorancia, un mal alumno,
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,
el hambre de razón que le enloquece
y la sed de demencia que le aloca.

Técnico en gritos, árbol consciente, fuerte,
fluvial, doble, solar, doble, fanático,
conocedor de rosas cardinales, totalmente
metido, hasta hacer sangre, en agujijones, un alumno
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,
su rey precoz, telúrico, volcánico, de espadas.
Oh profesor, de haber tanto ignorado!
Oh rector, de temblar tanto en el aire!
Oh técnico, de tanto que te inclinas!
Oh tilo! Oh palo rumoroso junto al Marne!

DESPEDIDA RECORDANDO UN ADIOS

AL cabo, al fin, por último,
torno, volví y acábome y os gimo, dándoos
la llave, mi sombrero, esta cartita para todos.
Al cabo de la llave está el metal en que aprendiéramos
a desdorar el oro, y está, al fin
de mi sombrero, este pobre cerebro mal peinado,
y, último vaso de humo, en su papel dramático,
yace este sueño práctico del alma.

Adiós, hermanos san pedros,
heráclitos, eramos, espinozas!
Adiós, tristes obispos bolcheviques!
Adiós, gobernadores en desorden!
Adiós, vino que está en el agua como vino!
Adiós, alcohol que está en la lluvia!

Adiós, también, me digo a mí mismo,
adiós, vuelo formal de los miligramos!
También adiós, de modo idéntico,
frío del frío y frío del calor!
Al cabo, al fin, por último, la lógica,
los linderos del fuego,
la despedida recordando aquel adiós.

Y NO me digan nada,
que uno puede matar perfectamente,
ya que, sudando tinta,
uno hace cuanto puede, no me digan...

Volveremos, señores, a vernos con manzanas;
tarde la criatura pasará,
la expresión de Aristóteles armada
de grandes corazones de madera,
la de Heráclito injerta en la de Marx,
la del suave sonando rudamente...
Es lo que bien narraba mi garganta:
uno puede matar perfectamente.

Señores,
caballeros, volveremos a vernos sin paquetes;
hasta entonces exijo, exigiré de mi flaqueza
el acento del día, que
según veo, estuvo ya esperándome en mi lecho.
Y exijo del sombrero la infausta analogía del recuerdo,
ya que, a veces, asumo con éxito mi inmensidad llorada,
ya que, a veces, me ahogo en la voz de mi vecino
y padezco
contando en maíces los años,
cepillando mi ropa al son de un muerto
o sentado borracho en mi ataúd...

Y BIEN? Te sara el metaloide pálido?
Los metaloides incendiarios, cívicos,
inclinados al río atroz del polvo?

Esclavo, es ya la hora circular
en que las dos aurículas se forman
anillos guturales, corredizos, cuaternarios.

Señor esclavo, en la mañana mágica
se ve, por fin,
el busto de tu trémulo ronquido,
vanse tus sufrimientos a caballo,
pasa el órgano bueno, el de tres asas,
hojeo, mes por mes, tu monocorde cabellera,
tu suegra llora
haciendo huesecillos de sus dedos,
se inclina tu alma con pasión a verte
y tu sien, un momento, marca el paso.

Y la gallina pone su infinito, uno por uno;
sale la tierra hermosa de las humeantes sílabas,
te retratas de pie junto a tu hermano,
truenas el color oscuro bajo el lecho
y corren y entrechócanse los pulpos.

Señor esclavo, y bien?
Los metaloides obran en tu angustia?

ESCARNECIDO, aclimatado al bien, mórbido, urente,
doblo el cabo carnal y juego a copas,
donde acaban en moscas los destinos,
donde comí y bebí de lo que me hunde.

Monumental adarme,
féretro numeral, los de mi deuda,
los de mi deuda, cuando caigo altamente,
ruidosamente, amaratadamente.

Al fondo, es hora,
entonces, de gemir con toda el hacha
y es entonces el año del sollozo,
del día del tobillo,
la noche del costado, el siglo del resuello.
Cualidades estériles, monótonos satanes,
del flanco brincan,
del ijar, de mi yegua suplente;
pero, donde comí, cuánto pensé!
pero cuánto bebí, donde lloré!

Así es la vida. tal
como es la vida, allá, detrás
del infinito; así, espontáneamente,
delante de la sien legislativa.

Yace la cuerda así al pie del violín,
cuando hablaron del aire, a voces, cuando
hablaron muy despacio del relámpago.
Se dobla así la mala causa, vamos
de tres en tres a la unidad, así
se juega a copas
y salen a mi encuentro los que aléjanse,
acaban los destinos en bacterias
y se debe todo a todos.

TRANSIDO, salomónico, decente,
ululaba; compuesto, caviloso, cadavérico, perjuro,
iba, tornaba, respondía; osaba,
fatídico, escarlata, irresistible.

En sociedad, en vidrio, en polvo, en hulla,
marchóse; vaciló, en hablando en oro; fulguró,
volteó, en acatamiento;
en terciopelo, en llanto, replegóse.

Recordar? Insistir? Ir? Perdonar?
Ceñudo, acabaría
recostado, áspero, atónico, mural;
meditaba estamparse, confundirse, fenecer.

Inatacablemente, impunemente,
negramente, husmeará, comprenderá;
vestiráse oralmente;
inciertamente irá, acobardaráse, olvidará.

LA paz, la avispa, el taco, las vertientes,
el muerto, los decílitros, el buho,
los lugares, la tiña, los sarcófagos, el vaso, las morenas,
el desconocimiento, la olla, el monaguillo,
las gotas, el olvido,
la potestad, los primos, los arcángeles, la aguja,
los párrocos, el ébano, el desaire,
la parte, el tipo, el estupor, el alma...

Dúctil, azafranado, externo, nítido,
portátil, viejo, trece, ensangrentado,
fotografiadas, listas, tumefactas,
conexas, largas, encintadas, pérfidas...

Ardiendo, comparando,
viviendo, enfureciéndose,
golpeando, analizando, oyendo, estremeciéndose,
muriendo, sosteniéndose, situándose, llorando...

Después, éstos aquí,
después, encima,
quizá, mientras, detrás, tanto, tan nunca,
debajo, acaso, lejos,
siempre, aquello, mañana, cuánto,
cuánto!...

Lo horrible, lo suntuario, lo lentísimo,
lo augusto, lo infructuoso,
lo aciago, lo crispante, lo mojado, lo fatal,
lo todo, lo purísimo, lo lóbrego,
lo acerbo, lo satánico, lo táctil, lo profundo...

LA cólera que quiebra al hombre en niños,
que quiebra al niño, en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra al alma en cuerpos,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra el alma en cuerpos;
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres.

MARCHA NUPCIAL

A LA' cabeza de mis propios actos,
corona en mano, batallón de dioses,
el signo negativo al cuello, atroces
el fósforo y la prisa, estupefactos

el alma y el valor, con dos impactos
al pie de la mirada; dando voces,
los límites, dinámicos, feroces;
tragándome los lloros inexactos,

me encenderé, se encenderá mi hormiga,
se encenderán mi llave, la querella
en que perdí la causa de mi huella.

Luego, haciendo del átomo una espiga,
encenderé mis hoces al pie de ella
y la espiga será por fin espiga.

NOMINA DE HUESOS

SE pedía a grandes voces:

—Que muestre las dos manos a la vez.

Y esto no fue posible.

—Que, mientras llora, le tomen la medida de sus pasos.

Y esto no fue posible.

—Que piense un pensamiento idéntico, en el tiempo en que un cero permanece inútil.

Y esto no fue posible.

—Que haga una locura.

Y esto no fue posible.

—Que entre él y otro hombre semejante a él, se interponga una muchedumbre de hombres como él.

Y esto no fue posible.

—Que le comparen consigo mismo.

Y esto no fue posible.

—Que le llamen, en fin, por su nombre.

Y esto no fue posible.

ENTRE el dolor y el placer median tres criaturas,
de las cuales la una mira a un muro,
la segunda usa de ánimo triste
y la tercera avanza de puntillas;
pero, entre tú y yo,
sólo existen segundas criaturas.

Apoyándose en mi frente, el día
conviene en que, de veras,
hay mucho de exacto en el espacio;
pero, si la dicha, que, al fin, tiene un tamaño,
principia, ay! por mi boca,
quién me preguntará por mi palabra?

Al sentido instantáneo de la eternidad
corresponde
este encuentro investido de hilo negro,
pero a tu despedida temporal,
tan sólo corresponde lo inmutable,
tu criatura, el alma, mi palabra.

CUATRO conciencias
simultáneas enrédanse en la mía!
Si viérais cómo ese movimiento
apenas cabe ahora en mi conciencia!
Es aplastante! Dentro de unã bóveda
pueden muy bien
adosarse, ya internas o ya externas
segundas bóvedas, mas nunca cuartas;
mejor dicho, sí,
mas siempre y, a lo sumo, cual segundas.
No puedo concebirlo; es aplastante.
Vosotros mismos a quienes inicio en la noción
de estas cuatro conciencias simultáneas,
enredadas en una sola, apenas os tenéis
de pie ante mi cuadrúpedo intensivo.
Y yo, que le entrevisto (Estoy seguro)!

EL MOMENTO MAS GRAVE DE LA VIDA

UN hombre dijo:

—El momento más grave de mi vida estuvo en la batalla del Marne, cuando fui herido en el pecho.

Otro hombre dijo:

—El momento más grave de mi vida, ocurrió en un maremoto de Yokohama, del cual salvé milagrosamente, refugiado bajo el alero de una tienda de lacas.

Y otro hombre dijo:

—El momento más grave de mi vida acontece cuando duermo de día.

Y otro dijo:

—El momento más grave de mi vida ha estado en mi mayor soledad.

Y otro dijo:

—El momento más grave de mi vida fue mi prisión en una cárcel del Perú.

Y otro dijo:

—El momento más grave de mi vida es el haber sorprendido de perfil a mi padre.

Y el último hombre dijo:

El momento más grave de mi vida no ha llegado todavía.

CESA el anhelo, rabo al aire. De súbito, la vida se amputa, en seco. Mi propia sangre me salpica en líneas femeninas, y hasta la misma urbe sale a ver esto que se para de improviso.

—Qué ocurre aquí, en este hijo del hombre? —clama la urbe, y en una sala del Louvre, un niño llora de terror a la vista del retrato de otro niño.

—Qué ocurre aquí, en este hijo de mujer? —clama la urbe, y en una estatua del siglo de los Ludovico, le nace una brizna de yerba en plena palma de la mano.

Cesa el anhelo, a la altura de la mano enarbolada. Y yo me escondo detrás de mí mismo, a aguaitarme si paso por lo bajo o merodeo en alto.

ALGO te identifica con el que se aleja de ti, y es la facultad común de volver: de ahí tu más grande pesadumbre.

Algo te separa del que se queda contigo, y es la esclavitud común de partir: de ahí tus más nimios regocijos.

Me dirijo, en esta forma, a las individualidades colectivas, tanto como a las colectividades individuales y a los que, entre unas y otras, yacen marchando al son de las fronteras o, simplemente, marcan el paso inmóvil en el borde del mundo.

Algo típicamente neutro, de inexorablemente neutro, interpónese entre el ladrón y su víctima. Esto, asimismo, puede discernirse tratándose del cirujano y del paciente. Horrible medialuna, convexa y solar, cobija a unos y otros. Porque el objeto hurtado tiene también su peso indiferente, y el órgano intervenido, también su grasa triste.

Qué hay de más desesperante en la tierra, que la imposibilidad en que se halla el hombre feliz de ser infortunado y el hombre bueno de ser malvado?

Alejarse! Quedarse! Volver! Partir! Toda la mecánica social cabe en estas palabras.

—NO vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombre. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa. Las funciones y los actos, se van de la casa en tren o en avión o a caballo, a pie o arrastrándose. Lo que continúa en la casa es el órgano, el agente en gerundio y en círculo. Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto.

UNA mujer de senos apacibles, ante los que la lengua de la vaca resulta una glándula violenta. Un hombre de templanza, mandibular de genio, apto para marchar de a dos con los goznes de los cofres. Un niño está al lado del hombre, llevando por el revés, el derecho animal de la pareja.

Oh la palabra del hombre, libre de adjetivos y de adverbios, que la mujer declina en su único caso de mujer, aun en-

tre las mil voces de la Capilla Sixtina! Oh la falda de ella, en el punto maternal donde pone el pequeño las manos y juega a los pliegues, haciendo a veces agrandar las pupilas de la madre, como en las sanciones de los confesionarios!

Yo tengo mucho gusto de ver así al Padre, al Hijo y al Espiritusanto, con todos los emblemas e insignias de sus cargos.

EN suma, no poseo, para expresar mi vida sino mi muerte. Y después de todo, al cabo de la escalonada naturaleza y del gorrión en bloque, me duermo, mano a mano con mi som-

Y, al descender del acto venerable y del otro gemido, me reposo pensando en la marcha impertérrita del tiempo.

Por qué la cuerda, entonces, si el aire es tan sencillo?
Para qué la cadena, si existe el hierro por sí sólo?

César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vientecillo con que oyes, sólo saben de ti por tu garganta.

César Vallejo, póstrate, por eso, con indistinto orgullo, con tálamo de ornamentales áspides y exagonales ecos.

Restitúyete al corpóreo panal, a la beldad; aroma los florecidos corchos, cierra ambas grutas al sañudo antropoide; repara, en fin, tu antipático venado; tente pena.

Que no hay cosa más densa que el odio en voz pasiva, ni más mísera ubre que el amor!

Que ya no puedo andar, sino en dos harpas!

Que ya no me conoces, sino porque te sigo instrumental, prolijamente!

Que ya no doy gusanos, sino breves!

Que ya te implico tanto, que medio que te afilas!

Que ya llevo unas tímidas legumbres y otras bravas!

Pues el afecto que quíebrase de noche en mis bronquios, lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido, es por mi obra: y si anochezco rojo, por mi obrero. Ello explica,

igualmente, estos cansancios míos y estos despojos, mis famosos tíos. Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo por la dicha de los hombres.

César Vallejo, parece
mentira que así tarden tus parientes,
sabiendo que ando cautivo,
sabiendo que yaces libre!

Vistosa y perra suerte!

César Vallejo, te odio con ternura!

EXISTE un mutilado, no de un combate sino de un abrazo, no de la guerra sino de la paz. Perdió el rostro en el amor y no en el odio. Lo perdió en el curso normal de la vida y no en un accidente. Lo perdió en el orden de la naturaleza y no en el desorden de los hombres. El coronel Piccot, Presidente de "Les gueules cassées", lleva la boca comida por la pólvora de 1914. Este mutilado que conozco, lleva el rostro comido, por el aire inmortal e inmemorial.

Rostro muerto sobre el tronco vivo. Rostro yerto y pegado con clavos a la cabeza viva. Este rostro resulta ser el dorso del cráneo, el cráneo del cráneo. Vi una vez un árbol darme la espalda y vi otra vez un camino que me daba la espalda. Un árbol de espaldas sólo crece en los lugares donde nunca nació ni murió nadie. Un camino de espaldas sólo avanza por los lugares donde ha habido todas las muertes y ningún nacimiento. El mutilado de la paz y del amor, del abrazo y del orden y que lleva el rostro muerto sobre el tronco vivo, nació a la sombra de un árbol de espaldas y su existencia transcurre a lo largo de un camino de espaldas.

Como el rostro está yerto y difunto, toda la vida psíquica, toda la expresión animal de este hombre, se refugia, para traducirse al exterior, en el peludo cráneo, en el tórax y en las extremidades. Los impulsos de su ser profundo, al salir, retroce-

den del rostro y la respiración, el olfato, la vista, el oído, la palabra, el resplandor humano de su ser, funcionan y se expresan por el pecho, por los hombros, por el cabello, por las costillas, por los brazos y las piernas y los pies.

Mutilado del rostro, tapado del rostro, cerrado del rostro, este hombre, no obstante, está entero y nada le hace falta. No tiene ojos y ve y llora. No tiene narices y huele y respira. No tiene oídos y escucha. No tiene boca y habla y sonríe. No tiene frente y piensa y se sume en sí mismo. No tiene mentón y quiere y subsiste. Jesús conocía al mutilado de la función, que tenía ojos y no veía y tenía orejas y no oía. Yo conozco al mutilado del órgano, que ve sin ojos y oye sin orejas.

VOY A HABLAR DE LA ESPERANZA

YO no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa. Qué sería su causa? Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? Nada es su causa, nada ha podido dejar de ser su causa? A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si me hubieran cortado el cuello de raíz, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin, de

otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo el enamorado! Qué sangre la suya más engendrada, para la mía sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.

HALLAZGO DE LA VIDA

SEÑORES! Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la presencia de la vida. Señores! Ruego a ustedes dejarme libre un momento, para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida. que hoy, por la primera vez, me extasía y me hace dichoso hasta las lágrimas.

Mi gozo viene de lo inédito de mi emoción. Mi exultación viene de que antes no sentí la presencia de la vida. No la he sentido nunca. Miente quien diga que la he sentido. Miente y su mentira me hiere a tal punto que me haría desgraciado. Mi gozo viene de mi fe en este hallazgo personal de la vida, y nadie puede ir contra esa fe. Al que fuera, se le caería la lengua, se le caerían los huesos y correría el peligro de recoger otros, ajenos, para mantenerse de pie ante mis ojos.

Nunca, sino ahora, ha habido vida. Nunca, sino ahora, han pasado gentes. Nunca, sino ahora, ha habido casas y avenidas, aire y horizontes. Si viniese ahora mi amigo Peyriat, le

diría que yo no le conozco y que debemos empezar de nuevo. Cuando, en efecto, le he conocido a mi amigo Peyriet? Hoy sería la primera vez que nos conocemos. Le diría que se vaya y regrese y entre a verme, como si no me conociera, es decir, por la primera vez.

Ahora yo no conozco a nadie ni nada. Me advierto en un país extraño, en el que todo cobra relieve de nacimiento, luz de epifanía inmarcesible. No, señor. No hable usted a ese caballero. Usted no lo conoce y le sorprendería tan inopinada parla. No ponga usted el pie sobre esa piedrecilla: quien sabe no es piedra y vaya usted a dar en el vacío. Sea usted precavido, puesto que estamos en un mundo absolutamente inconocido.

Cuán poco tiempo he vivido! Mi nacimiento es tan reciente, que no hay unidad de medida para contar mi edad. Si acabo de nacer! Si aún no he vivido todavía! Señores: soy tan pequeñito, que el día apenas cabe en mí.

Nunca, sino ahora, oí el estruendo de los carros, que cargan piedras para una gran construcción del boulevard Haussmann. Nunca, sino ahora, avancé paralelamente a la primavera, diciéndola: "Si la muerte hubiera sido otra..." Nunca, sino ahora, vi la luz áurea del sol sobre las cúpulas del Sacré-Coeur. Nunca, sino ahora, se me acercó un niño y me miró hondamente con su boca. Nunca, sino ahora, supe que existía una puerta, otra puerta y el canto cordial de las distancias.

Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte.

EL BUEN SENTIDO

HAY, madre, un sitio en el mundo, que se llama París. Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande.

Mi madre me ajusta el cuello del abrigo, no porque empieza a nevar, sino para que empiece a nevar.

La mujer de mi padre está enamorada de mí, viniendo y avanzando de espaldas a mi nacimiento y de pecho a mi muerte. Que soy dos veces suyo: por el adiós y por el regreso. La cierro, al retornar. Por eso me dieran tanto sus ojos, justa de mí, *infraganti* de mí, aconteciéndose por obras terminadas, por pactos consumados.

Mi madre está confesa de mí, nombrada de mí? Cómo no da otro tanto a mis otros hermanos? A Víctor, por ejemplo, el mayor, que es tan viejo ya, que las gentes dicen: Parece hermano menor de su padre! Fuere porque yo he viajado mucho! Fuere porque yo he vivido más!

Mi madre acuerda carta de principio colorante a mis relatos de regreso. Ante mi vida de regreso, recordando que viajé durante dos corazones por su vientre, se ruboriza y se queda mortalmente lívida, cuando digo, en el tratado del alma: Aquella noche fuí dichoso. Pero más se pone triste; más se pusiera triste.

—Hijo, cómo estás viejo!

Y desfila por el color amarillo a llorar, porque me halla envejecido, en la hoja de espada, en la desembocadura de mi rostro. Llora de mí, se entristece de mí. Qué falta hará mi mocedad, si siempre seré su hijo? Por qué las madres se duelen de hallar envejecidos a sus hijos, si jamás la edad de ellos alcanzará a la de ellas? Y por qué, si los hijos, cuanto más se acaban, más se aproximan a los padres? Mi madre llora porque estoy viejo de mi tiempo y porque nunca llegaré a envejecer del suyo!

Mi adiós partió de un punto de su ser, más externo que el punto de su ser al que retorno. Soy, a causa del excesivo plazo de mi vuelta, más el hombre ante mi madre que el hijo ante mi madre. Allí reside el candor que hoy nos ilumina con tres llamas. Le digo entonces hasta que me callo:

—Hay, madre, en el mundo, un sitio que se llama París. Un sitio muy grande y muy lejano y otra vez grande.

La mujer de mi padre, al oírme, almuerza y sus ojos mortales descienden suavemente por mis brazos.

LA VIOLENCIA DE LAS HORAS

TODOS han muerto.

Murió doña Antonia, la ronca, que hacía pan barato en el burgo.

Murió el cura Santiago, a quien placía le saludasen los jóvenes y las mozas, respondiéndoles a todos, indistintamente: "Buenos días, José! Buenos días, María!"

Murió aquella joven rubia, Carlota, dejando un hijito de meses, que luego también murió, a los ocho días de la madre.

Murió tía Albina, que solía cantar tiempos y modos de heredad, en tanto cosía en los corredores, para Isidora, la criada de oficio, la honrosísima mujer.

Murió un viejo tuerto, su nombre no recuerdo, pero dormía al sol de la mañana, sentado ante la puerta del hojalatero de la esquina.

Murió Rayo, el perro de mi altura, herido de un balazo de no se sabe quién.

Murió Lucas, mi cuñado en la paz de las cinturas, de quien me acuerdo cuando llueve y no hay nadie en mi experiencia.

Murió en mi revólver mi madre, en mi puño mi hermana y mi hermano en mi víscera sangrienta, los tres ligados por un género triste de tristeza, en el mes de Agosto de años sucesivos.

Murió el músico Méndez, alto y muy borracho, que solfeaba en su clarinete tocatas melancólicas, a cuyo articulado se dormían las gallinas de mi barrio, mucho antes de que el sol se fuese.

Murió mi eternidad y estoy velándola.

LAS ventanas se han estremecido, elaborando una metafísica del universo. Vidrios han caído. Un enfermo lanza su queja: la mitad por su boca languada y sobrante, y toda entera, por el ano de su espalda.

Es el huracán. Un castaño del jardín de las Tullerías habrase abatido, al soplo del viento, que mide ochenta metros por segundo. Capiteles de los barrios antiguos, habrán caído, hendiendo, matando.

De qué punto interrogo, oyendo a ambas riberas de los océanos, de qué punto viene este huracán, tan digno de crédito, tan honrado de deuda, derecho a las ventanas del hospital? Ay las direcciones inmutables, que oscilan entre el huracán y esta pena directa de toser o defecar. Ay las direcciones inmútables, que así prenden muerte en las entrañas del hospital y despiertan células clandestinas, a deshora, en los cadáveres.

Qué pensaría de sí el enfermo de enfrente, ése que está durmiendo, si hubiera percibido el huracán? El pobre duerme, boca arriba, a la cabeza de su morfina, a los pies de toda su cordura. Un adarme más o menos en la dosis y le llevarán a enterrar, el vientre roto, la boca arriba, sordo al huracán, sordo a su vientre roto, ante el cual suelen los médicos dialogar y cavilar largamente, para, al fin, pronunciar sus llanas palabras de hombres.

La familia rodea al enfermo agrupándose ante sus sienes regresivas, indefensas, sudorosas. Ya no existe hogar sino en torno al velador del pariente enfermo, donde montan guardia impaciente, sus zapatos vacantes, sus cruces de repuesto, sus píldoras de opio. La familia rodea la mesita por espacio de un alto diviendo. Una mujer acomoda en el borde de la mesa, la taza, que casi se ha caído.

Ignoro lo que será del enfermo esta mujer, que le besa y no puede sanarle con el beso, le mira y no puede sanarle con los ojos, le habla y no puede sanarle con el verbo. Es su

madre? Y cómo, pues, no puede sanarle? Es su amada? Y cómo, pues, no puede sanarle? Es su hermana? Y cómo, pues, no puede sanarle? Es, simplemente, una mujer? Y cómo, pues, no puede sanarle? Porque esta mujer le ha besado, le ha mirado, le ha hablado y hasta le ha cubierto mejor el cuello al enfermo y, cosa verdaderamente asombrosa, no le ha sanado!

El paciente contempla su calzado vacante. Traen queso. Llevan tierra. La muerte se acuesta al pie del lecho, a dormir en sus tranquilas aguas y se duerme. Entonces, los libres pies del hombre enfermo, sin menudencias ni pormenores innecesarios, se estiran en acento circunflejo, y se alejan, en una extensión de dos cuerpos de novios, del corazón.

El cirujano ausculta a los enfermos horas enteras. Hasta donde sus manos cesan de trabajar y a jugar, las lleva a tientas, rozando la piel de los pacientes, en tanto sus párpados científicos vibran, tocados por la indocta, por la humana flaqueza del amor. Y he visto a esos enfermos morir precisamente del amor desdoblado del cirujano, de los largos diagnósticos, de las dosis exactas, del riguroso análisis de orinas y excrementos. Se rodeaba de improviso un lecho con un biombo. Médicos y enfermeros cruzaban delante del ausente, pizarra triste y próxima, que un niño llenara de números, en un gran monismo de pálidos miles. Cruzaban así, mirando a los otros, como si más irreparable fuese morir de apendicitis o neumonía, y no morir al sesgo del paso de los hombres.

Sirviendo la causa de la religión, vuela con éxito esta mosca, a lo largo de la sala. A la hora de la visita de los cirujanos, sus zumbidos nos perdonan el pecho, ciertamente, pero desarrollándose luego se adueñan del aire, para saludar con genio de mudanza, a los que van a morir. Unos enfermos oyen a esa mosca hasta durante el dolor y de ellos depende, por eso, el linaje del disparo en las noches tremebundas.

Cuánto tiempo ha durado la anestesia, que llaman los hombres? Ciencia de Dios, Teodicea! si se me echa a vivir

en tales condiciones, anestesiado totalmente, volteada mi sensibilidad para adentro! Ah doctores de las sales, hombres de las esencias, prójimos de las bases! Pido se me deje con mi tumor de conciencia, con mi irritada lepra sensitiva, ocurra lo que ocurra, aunque me muera! Dejadme doler, si lo queréis, mas dejadme despierto de sueño, con todo el universo metido, aunque fuese a las malas, en mi temperatura polvorosa.

En el mundo de la salud perfecta, se reirá por esta perspectiva en que padezco, pero, en el mismo plano y cortando la baraja del juego, percute aquí otra risa de contrapunto.

En la casa del dolor, la queja asalta síncope de gran compositor, golletes de carácter, que nos hacen cosquillas de verdad, atroces, arduas, y, cumpliendo lo prometido, nos hielan de espantosa incertidumbre.

En la casa del dolor, la queja arranca frontera excesiva. No se reconoce en esta queja de dolor, a la propia queja de la dicha en éxtasis, cuando el amor y la carne se eximen de azor y cuando al regresar, hay discordia bastante para el diálogo.

Dónde está, pues, el otro flanco de esta queja de dolor, si, a estimarla en conjunto, parte ahora del lecho de un hombre? De la casa del dolor parten quejas tan sordas e inefables y tan colmadas de tanta plenitud, que llorar por ellas sería poco, y sería ya mucho sonreír.

Se atumulta la sangre en el termómetro.

No es grato morir, señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible, sino sobre lo que se deja en la vida!

No es grato morir, señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible, sino sobre lo que se deja en la vida!

No es grato morir, señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible, sino sobre lo que pudo dejarse en la vida.

— F I N —

POEMAS HUMANOS (1923 - 1938)

Pág.

César Vallejo, por Luis Alberto Sánchez	7
Nota, por Jean Cassou	12
Nota Bio-Bibliográfica, por Raúl Porras Barrenechea	15
Me estoy riendo	21
Primavera tuberosa	22
He aquí que hoy saludo	24
Terremoto	25
Por último, sin ese buen aroma sucesivo	27
Confianza en el antejo, no en el ojo	28
Va corriendo, andante, huyendo	29
Al cavilar en la vida, al cavilar	30
Un pilar soportando consuelos	31
Calor, cansado voy con mi oro	32
Epístola a los transeúntes	33
Quiere y no quiere su color mi pecho	35
Salutación angélica	37
Al fin, un monte	39
La rueda del hambriento	40
Fue domingo en las claras orejas de mi burro	42
Oh botella sin vino!	43
Los mineros salieron de la mina	44
Pero antes de que se acabe	46
Piensan los viejos asnos	48
La punta del hombre	49
Hoy me gusta la vida mucho menos	51
Ello es que el lugar donde me pongo	53
Intensidad y altura	55
Hasta el día que vuelva, de esta piedra	56
Los nueve monstruos	57
París, octubre 1936	60

	Pág.
Sermón sobre la muerte	61
El acento me pende del zapato	63
Quisiera hoy ser feliz de buena gana	64
Alfonso, estás mirándome, lo veo	65
Considerando en frío, imparcialmente	67
Tengo un miedo terrible de ser un animal	69
Gleba	71
De disturbio en disturbio	73
Viniere el malo, con un trono al hombro	75
Un hombre está mirando a una mujer	77
Traspié entre dos estrellas	79
De puro calor tengo frío	81
Telúrica y magnética	82
Hoy le ha entrado una astilla	85
Piedra negra sobre una piedra blanca	87
Dos niños anhelantes	88
Dulzura por dulzura corazona!	90
Ande desnudo, en pelo, el millonario!	92
Al revés de las aves del monte	95
El alma que sufrió de ser su cuerpo	97
Un hombre pasa con un pan al hombro	99
Otro poco de calma, camarada	101
Acaba de pasar el que vendrá	103
Yuntas	104
Palmas y guitarras	105
Poema para ser leído y cantado	107
Me viene, hay días, una gana ubérrima	109
Esto	111
Quedéme a calentar la tinta en que me ahogo	113
Lcs desgraciados	115
Parado en una piedra	117
Aniversario	119

	Pág.
La vida, esta vida	120
Panteón	122
Altura y pelos	124
Qué me da, que me azoto con la línea	125
Oye a tu masa, a tu cometa, escúchalos	126
Y si después de tantas palabras	127
Sombrero, abrigo, guantes	129
Guitarra	130
A lo mejor soy otro	132
El libro de la Naturaleza	133
Despedida recordando un adiós	134
Y no me digan nada	135
Y bien? Te sana el metaloide pálido?	136
Escarnecido, aclimatado al bien	137
Transido, salomónico, decente	139
La paz, la avispa, el taco, las vertientes	140
La cólera que quiebra al hombre en niños	142
Marcha nupcial	143
Nómina de huesos	144
Entre el dolor y el placer median tres criaturas	145
Cuatro conciencias	146
El momento más grave de la vida	147
Cesa el anhelo, rabo al aire	149
Algo te identifica	149
No vive ya nadie en la casa	150
Una mujer de senos apacibles	150
En suma, no poseo, para expresar mi vida	151
Existe un mutilado	152
Voy a hablar de la esperanza	153
Hallazgo de la vida	154
El buen sentido	155
La violencia de las horas	157
Las ventanas se han estremecido	158